



LEWIS HAROC

S. O. S.





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1. - ¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición)
- » 2. - LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
- » 3. - EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.ª ed.)
- » 4. - EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición)
- » 5. - LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
- » 6. - CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- » 7. - SU ALTEZA EL LADRÓN, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
- » 8. - LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
- » 9. - A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª ed.)
- » 10. - LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
- » 11. - SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- » 12. - GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
- » 13. - ¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
- » 14. - LA REBELIÓN DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.ª edición.)
- » 15. - EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)
- » 16. - TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- » 17. - ¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
- » 18. - TRAGEDIA EN BERLÍN, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
- » 19. - ALTA TRAICIÓN, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
- » 20. - TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO,

por Alf Manz. (2.ª edición.)

Núm. 21. -EL DELATOR, por Alar Benet.

» 22. -ARMONÍAS DE MUERTE, por Frank McFair.

» 23. -DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.

» 24. -PERSECUCIÓN, por O. C. Tavin.

» 25. -UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.

» 26. -HORAS TRÁGICAS, por A. G. Murphy.

» 27. -LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.

» 28. -DOCTOR X, por Alf Manz.

» 29. -EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.

» 30. -TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.

» 31. -CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.

» 32. -NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.

» 33. -ENTRE REJAS, por Alf Manz.

» 34. -MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.

» 35. -SECUESTRO, por O. C. Tavin.

» 36. -EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.

» 37. -HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G.

Murphy.

» 38. -FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.

» 39. -PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.

» 40. -LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.

» 41. -A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.

» 42. -LA PROMOCIÓN DE LA MUERTE, por Alar

Benet

» 43. -TINIEBLAS, por Alf Manz.

» 44. -ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.

» 45. -FIDELIDAD, por Alar Benet.

» 46. -SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.

» 47. -ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.

» 48. -

» 49. -La MAFFIA, por Alf Manz.

» 50. -ALASKA. FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.

» 51. -TRAS EL TELÓN DE ACERO, por Alar Benet

» 52. -GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John

L. Martin.

» 53. -¡ACUSADO!, por A. G. Murphy.

» 54. -MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.

» 55. -EL GENIO DEL MAL, por A. Benet.

» 56. -HOMBRES ARMADOS, por Jack Brooklyn.

» 57. -PAVOROSA ELECCIÓN, por O. C. Tavin.

» 58. -LA BESTIA ESCARLATA, por Frank McFair.

» 59. -HUELLAS DE ULTRATUMBA, Thomas Settee.

En preparación:

BILLETES MALDITOS.

I

SECUESTRO



L «Cadillac» color azul eléctrico devoraba la cinta de la carretera a razón de cuarenta millas por hora. El conductor trataba vanamente de alcanzar al «Chrysler» color marrón que marchaba a trescientas yardas por delante de ellos. En la placa de la matrícula del «Cadillac», situada en su parte delantera, se destacaban claramente las letras «U.

S. NAVY»,

porque, en efecto, pertenecía al Departamento de Marina de los Estados Unidos de América.

Dos hombres charlaban en su interior. Uno de ellos llevaba el uniforme de contralmirante de la Armada. El otro iba de paisano, y

llevaba sobre sus rodillas una cartera de cuero que debía de ir repleta de papeles, a juzgar por su volumen, y el chofer, por su parte, permanecía también silencioso, enfrascado en la persecución del «Chrysler», que, al parecer, se dirigía, como ellos, al aeródromo de Nueva Orleáns.

El sol brillaba en un cielo sin nubes, arrancando una tenue neblina de vapor a las aguas del Mississippi, que serpenteaba hasta el mar, al otro lado de la ciudad. Nada más salir de Nueva Orleáns, algunas casas, hoteles y villas de recreo habían quedado atrás; pero, ahora, a media milla escasa del aeródromo, la carretera sólo atravesaba campos desiertos, sombreada por la doble fila de acacias.

De pronto ocurrió lo inesperado. Había un cartel indicador de la proximidad de un cruce a cien yardas de éste. Apenas el «Chrysler» que precedía al «Cadillac» pasó el cruce, un poderoso automóvil negro surgió de él, interponiéndose en el camino del «Cadillac». El conductor de éste frenó con violencia para evitar la colisión. Luego tocó el «claxon» con insistencia, pidiendo paso, pero el automóvil negro permaneció atravesado en medio de la carretera, impidiéndole continuar la marcha.

El «Chrysler» se perdió en la revuelta final de la carretera que unía el aeródromo a la ciudad, y al disminuir la marcha para tomar la curva, Casey Weining, que era su único ocupante, sonrió al pensar que había dejado atrás al «Cadillac».

Pero si hubiera podido ver la escena que en aquel momento se desarrollaba junto a éste, habría fruncido el ceño, interviniendo en el asunto, en su calidad de agente del

F. B. I.

y hubiera hecho fracasar el criminal complot que en aquel momento comenzaba a perpetrarse.

Tres hombres se apearon del coche que interceptaba el paso, dirigiéndose hacia el «Cadillac». Sus manos derechas iban hundidas en los bolsillos de sus elegantes chaquetas blancas, propias de la estación, y en sus rostros había de todo, menos lo que se pareciese a una sonrisa o un gesto amable.

Apenas los vio acercarse al «Cadillac», el chofer del otro coche maniobró para situarse a un lado de la carretera, y, al ver el camino libre, el uniformado chofer de la Marina fue a pisar el acelerador.

Se lo impidieron los hombres que estaban a su lado. En sus manos habían aparecido sendas pistolas, que introdujeron por las ventanillas del coche, amenazando a sus ocupantes y al chofer.

—¿Qué significa esto? —preguntó éste, al contemplar junto a su rostro el pavonado de una aplastada pistola «F. N.».

—Cierra el pico —gruñó uno de aquellos individuos—. Será mejor para ti.

Los dos ocupantes del coche miraban la escena, sorprendidos.

—Buenos días, señores —saludó uno de los agresores, con la mayor amabilidad que pudo poner en su boca, torcida por un chirlo que tiraba de ella hacia la oreja izquierda—. No intenten nada y les aseguro que todo irá bien. No tenemos intención de hacerles daño.

—Entonces, ¿a qué viene esto? —preguntó el contralmirante.

—Ya lo verán —replicó el hombre de la boca torcida—. Vamos, tú —dijo, dirigiéndose al chofer—. Tira adelante. Métete por ese cruce, siguiendo a nuestro coche.

Uno de los hombres se había sentado ya junto al chofer, incrustándole la pistola en los riñones. El chofer le miró con aprensión. Era un veterano de la guerra del Pacífico, pero nunca había tenido una pistola tan cerca del cuerpo, y sabía que aquellos hombres eran más peligrosos que los japoneses, que le tuvieron cuatro días comiendo arena de la playa de Guadalcanal.

El coche negro se había puesto en marcha, y el «Cadillac» le siguió. Apenas comenzó a rodar, los otros dos hombres abrieron sus portezuelas y se metieron en el mismo, situándose en cuclillas, frente al contralmirante y su compañero, manteniendo las pistolas firmemente empuñadas.

Los dos coches rodaron despacio por el estrecho camino que los alejaba de la carretera. Era imposible huir pisando el acelerador. El camino era tan estrecho, que el coche negro que iba delante lo ocupaba por completo. Además, la presión de la pistola era muy significativa.

—¿Saben ustedes lo que están haciendo? —preguntó el contralmirante, con voz ronca, al hombre que permanecía agachado frente a él.

—Naturalmente que sí, hermano —replicó éste, con poco respeto—. Y le aseguro que no nos hemos equivocado de coche. Usted es el contralmirante Pearce, y su acompañante, el secretario

del almirante Foster. ¿Es así o no?

—Sí; pero ¿qué demonios...?

—Silencio, amigo —replicó el del chirlo, con tono agresivo, que obligó a callar al contralmirante—. A bordo de su buque insignia usted puede mandar. Aquí no manda nadie más que yo, ¿entendido?

El contralmirante Pearce no tenía nada de cobarde. Y para demostrarlo estaba su hoja de servicios, con un ascenso por méritos de guerra contraídos en batalla del Mar del Coral; pero tampoco era un temerario, y decidió que lo más acertado era dejar correr los acontecimientos.

¿Qué pretendían aquellos individuos? Lo ignoraba. Lo cierto era que él no podría cumplir la misión que le había encomendado el almirante Foster, y *sir* Pickard Drake tendría que valerse por sí solo cuando llegase a Nueva Orleáns en el avión procedente de La Habana.

A una milla de la carretera, el camino cruzaba entre un espeso bosque de álamos, detrás del cual se divisaban los edificios del aeródromo, a media milla de distancia.

El automóvil que los precedía paró entre los árboles. Los tres forajidos se apearon de él, manteniendo a raya a sus ocupantes.

—Ahora, señores —dijo el hombre de la cara rajada—, sólo se trata de permanecer aquí un ratito. Una media hora, calculo yo. Sé que les molesta nuestra compañía, pero lamento no poder librarles de ella.

El contralmirante le miró con desprecio. El chofer fue acercando lentamente su mano al revólver que llevaba en la funda que pendía del cinturón de su uniforme blanco de verano.

Sus dedos tocaban ya la culata del arma, mientras miraba frente a él, intentando engañar al pistolero que le encañonaba por la ventanilla. De pronto la voz sibilante de éste llegó a sus oídos.

—Deja quieta esa mano, o no volverás a comer con ella.

Andy Dolan miró al pistolero. Una llama de indignación brilló en sus ojos. Ya estaba lanzado, tocaba la culata del revólver de reglamento con sus dedos, y no se volvió atrás.

Sacó rápidamente el arma, y sin apuntar siquiera la disparó contra el forajido que le vigilaba. Los dos disparos se confundieron en uno solo. Andy cayó pesadamente hacia adelante con un

ronquido, y su cabeza quedó apoyada en el volante del coche, mientras de su sien derecha manaba un hilo de sangre que caía sobre sus rodillas. Al mismo tiempo, el pistolero lanzó un rugido y soltó la pistola, llevándose la mano al hombro izquierdo.

Electrizados por el ejemplo del chofer, Pearce y el otro hombre iniciaron un movimiento que fue cortado en seco por los hombres que les vigilaban desde fuera del coche. Éste se había convertido para ellos en una especie de prisión. ¡Si hubieran estado al aire libre!...

—¡Quietos! —rugió Gashface—. Quietos, estúpidos, u os ocurrirá lo que a ese imbécil.

Los ojos de ambos hombres se clavaron un momento en la arqueada e inmóvil espalda de Andy, y en aquel momento, un sordo rumor que crecía por momentos se fue acercando a ellos.

Gashface miró hacia el cielo. A través de las ramas de los árboles columbró un avión cuya metálica estructura centelleaba al sol, trazando círculos, mientras descendía para aterrizar.

—Ya está ahí el avión —dijo, y aquellas palabras hicieron sospechar al contralmirante Pearce lo que aquellos hombres se proponían hacer.

El rumor de los poderosos motores del «Constellation» se fue amortiguando paulatinamente, hasta cesar por completo. Gashface espero unos minutos, y al cabo de ellos dijo, dirigiéndose al otro hombre:

—Ha llegado la hora.

El chofer del coche negro que se había acercado a ellos al sentir los dos disparos se volvió a su automóvil, llevándose con él al herido por el disparo de Andy.

Por su parte, Gashface y el otro hombre abrieron las dos portezuelas posteriores del coche y aquél invitó a los dos hombres que se sentaban en él:

—Tengan lo bondad de salir. Cada uno por una puerta.

—¿Y si nos negamos? —preguntó el hombre de paisano.

—Los sacaremos contra su voluntad.

Era inútil resistirse, encerrados en aquella caja que quitaba amplitud a cualquier movimiento.

Los dos hombres se dispusieron a salir. La poca altura de las puertas del coche les obligaron a bajar la cabeza al transponerlas, y

en aquel instante las culatas de las pistolas de los dos forajidos cayeron con fuerza sobre sus cabezas.

Shoulders cayó de bruces al suelo, chocando su rostro contra la hierba, al mismo tiempo que lanzaba un siniestro ronquido; pero Pearce, que tenía la cabeza protegida por la gorra del uniforme, aunque fuera débilmente, logró poner los pies en el suelo, tambaleándose.

Quiso hacer frente a Gashface, pero sus movimientos eran torpes, y un segundo golpe de culata, ahora en la mandíbula, le hizo caer definitivamente al suelo.

Cuando los vio inmóviles, Gashface ordenó al otro hombre:

—¡Wharol, vete al coche! Yo voy enseguida.

Levantó el capot del «Cadillac» y con una piedra que cogió del suelo golpeó las bujías y el carburador del coche hasta hacerlos añicos. Luego se encaminó al otro coche, que le esperaba con el motor en marcha. Al pasar junto al cuerpo inmóvil del contralmirante Pearce se cuadró irónicamente ante él, saludándole militarmente.

—A la orden —dijo en voz baja. Luego prosiguió su camino.

El coche negro se alejó de aquellos lugares, camino adelante, hasta llegar a la carretera de Jackson, que corría paralela a la del aeródromo, para entrar por ella en Nueva Orleáns.

Cuando este suceso comenzaba a desarrollarse. Casey Weining llegaba al aeropuerto, bien ajeno a la tragedia que se desarrollaba detrás de él. La gran rotonda asfaltada que se extendía ante el edificio principal del aeródromo estaba llena de coches. Casey estacionó el suyo y se encaminó hacia la entrada del aeropuerto.

En la puerta de la cancela, un hombre, con el uniforme de conductor de la Marina, leía indolentemente una novela policíaca. Delante de él, en la calzada, frente a la puerta, un enorme automóvil resplandecía al sol. Su matrícula era «U.

S. Navy».

—¡Demonio! Parece que todos los coches de la Marina se han dado cita aquí esta mañana —murmuró Casey.

Inconscientemente miró hacia atrás, pero no vio aparecer al «Cadillac» color azul eléctrico al cual había adelantado a poco de salir de Nueva Orleáns.

Silbando despreocupadamente «Mi corazón pertenece a papá», penetró en el aeródromo.

Ante él se extendía la llanura, lisa como la palma de la mano. Las pistas de aterrizaje, con sus firmes de cemento y sus hileras de luces de señales a los lados, se extendían como los radios de una rueda en la dirección de todos los puntos cardinales, yendo a morir ante la gran rotonda semicircular que había frente al edificio principal del aeródromo.

En los espacios entre las pistas, cubiertos de verde hierba segada a la misma altura, se veían varios aviones. Los grandes «Douglas», «Constellation» y «S. Rymaster» de viajeros estaban a la derecha y varios hombres deambulaban entre ellos, preparándolos para partir. A la izquierda se recortaban contra el horizonte las bajas siluetas de las avionetas «Avro», pertenecientes al Club Aeronáutico y a particulares. Sus estampas eran gráciles y elásticas, dando la impresión de inquietos pájaros que iban a echar a volar de un momento a otro.

Por fin, a lo lejos, en los límites del campo militar, se percibían diez o doce aviones militares de bombardeo y caza. Había bastante público y la animación era extraordinaria.

Casey miraba el cuadro complacido. Siempre le había atraído el bullicio del aeródromo, distinto de cualquier otro. Los altavoces comenzaron a sonar:

—¡Atención, atención! Los viajeros del avión que sale para San Francisco prepárense para partir.

Un enorme «Douglas», se acercó a la rotonda, y enseguida los mozos del aeródromo acercaron a él una escala.

Estaban subiendo los pasajeros cuando, de pronto, sonaron de nuevo los vozarrones de los altavoces.

—¡Atención! Despejen la pista número 4. El avión procedente de La Habana está llegando al aeropuerto.

Casey dirigió su vista hacia la pista mencionada. Unos hombres que trabajaban en el arranque de la misma se apartaron hacia un lado, al mismo tiempo que el ronco rugido de los motores del «Constellation» procedente de Cuba se dejaba oír y el gigantesco avión aparecía en el horizonte.

Casey miró hacia arriba. El avión se acercaba rápidamente, dando vueltas sobre el aeropuerto después de haber sobrevolado la

ciudad, buscando colocarse contra el viento para aterrizar.

Al fin enfiló la pista y se posó suavemente en el suelo sin la menor oscilación, prosiguiendo su carrera hasta llegar a la rotonda de cemento, a veinte yardas de donde Carey esperaba.

Mientras él se dirigía hacia el avión, acompañado por varios hombres más, los mozos se apresuraron a colocar la escalera portátil debajo de la portezuela, y los viajeros comenzaron a salir.

Aparecieron primero dos o tres hombres, pero no era precisamente a ellos a quienes esperaba el contralmirante de la armada que Casey tenía al lado, ni tampoco los diez o doce periodistas y fotógrafos que estaba entre el público.

Casey desvió la mirada de la portezuela del avión para contemplar el rostro del contralmirante. Lo había visto en el coche cuando los alcanzó, y la leve ojeada que había echado a los ocupantes había dejado impreso en sus ojos un rostro que no le parecía el que ahora estaba contemplando.

—Quizá sea una ilusión —pensó—. Después de todo, sólo lo vi dos segundos.

Una linda figura de mujer apareció en la plataforma de la escalera, mirando perpleja a todos los lados, como buscando a alguien. Al fin divisó a Casey Weining, y su mano se agitó en el aire en respuesta al saludo del muchacho.

Cuando éste llegó junto a la escalera, Rosemary Henson estaba aún a la mitad de ella. Casey le tendió la mano para ayudarla a bajar, y ella agradeció la galantería con una sonrisa.

—¡Hola, Casey! —dijo—. Muchas gracias por haber venido a esperarme. ¿Y mi tía?

—Tan bien como siempre —replicó él, reluciéndole los ojos de alegría mientras estrechaba la mano de la joven—. Tiene la salud de un toro, aunque se queje de todas las enfermedades que conoce.

Los dos se apartaron lentamente del aparato, dirigiéndose hacia la salida.

—¿Qué tal te fue en La Habana? —preguntó él.

—Magnífico... —replicó Rosemary.

Una salva de aplausos, seguida por los sordos estampidos del magnesio de las máquinas fotográficas, les interrumpió. Volvieron la cabeza. Un hombre acababa de aparecer en la puerta del avión, levantando la mano derecha en señal de saludo mientras sonreía.

Era alto y delgado. Vestía un elegante abrigo de entretiempo que debía de causarle mucho calor, aunque no lo demostraba. Su rostro era alargado y fino y estaba rematado por una barbita puntiaguda. Unas gruesas gafas velaban sus ojos. En la mano izquierda sostenía el sombrero de fieltro gris, que se había quitado al saludar a la gente que le esperaba.

Con paso fácil y elegante descendió la escalera. El contralmirante y otro hombre le esperaban al pie de ella, un poco adelantados a los demás, y estrecharon su mano, con sendas inclinaciones de cabeza.

Los fotógrafos tiraron nuevas placas y tres o cuatro periodistas se acercaron al hombre, pero con un gesto el contralmirante les contuvo. Luego dijo:

—Señores, les ruego no agobien a *sir* Pickard Drake con sus preguntas. En el hotel Grounewald se le ha reservado una «*suite*» de habitaciones, y allí tendrá mucho gusto en concederles una entrevista.

Cuando el grupo pasó a su lado, Casey preguntó a uno de los fotógrafos:

—¿Quién es ese señor?

—Es *sir* Pickard Drake —le informó el reportero—. El sabio inglés que ha inventado no sé qué cosa para evitar no sé qué filtraciones que se producen no sé dónde.

—¡Pues sí que está usted enterado! —replicó Carey, sonriendo.

—Un hombre muy simpático. Vino sentado a mi lado en el avión —terció Rosemary, y, como corroborando sus palabras, *sir* Pickard se acercó a ellos sonriente.

—Adiós, señorita Henson —dijo, tendiéndole la mano, mientras se despojaba del sombrero con la otra—. He tenido mucho gusto en conocerla, y espero que volvamos a vernos en Nueva Orleans.

Rosemary le agradeció su deferencia y el sabio inglés se alejó hacia la salida, empujado por los fotógrafos y los reporteros.

Casey y Rosemary los siguieron también.

Formaban una excelente pareja. Ella era alta, esbelta, pero a pesar de ello, su cabeza pasaba muy poco por encima del hombro de Casey. Tenía un aire juvenil y vigoroso, como de muchacha aficionada a los deportes, y, en efecto, Rosemary Henson acababa de disputar en La Habana unos campeonatos de «tennis», en los

cuales había hecho un excelente papel. Tenía el cabello castaño, muy recortado y rizado en las puntas, semejando un casquete, y debajo de él sus ojos parecían reír siempre, secundados por la boca, de exquisito dibujo.

En la discusión sobre si la falda debe llevarse larga o corta, Rosemary debía de pertenecer a la segunda de las tendencias, porque el borde de su falda, de amplio vuelo, quedaba más bien un poco alto, mostrando unas piernas maravillosas.

Casey a su lado charlaba animadamente. El airecillo procedente del Golfo de Méjico movía la frente amplia y ligeramente abombada. El resto de su persona era fornido, atlético y ágil, y sus anchos hombros y sus amplias manos daban la sensación de fortaleza y vigor.

Cuando llegaban frente a la sala de teléfonos públicos, *sir* Pickard se disponía a atravesar la cancela, charlando animadamente con el contralmirante.

De pronto Casey recordó algo. Se llevó la mano al bolsillo y encontró el papel. Era una nota del Inspector Jefe Seamann, encargándole que le llamase por teléfono a su despacho a las doce. La vista del locutorio público se lo había recordado.

Miró al reloj. Marcaba las doce y diez. Aún no era demasiado tarde.

—Ven, Rosemary —dijo—. Tengo que hablar por teléfono.

Penetraron en el locutorio. Era una amplia estancia en el centro de la cual había un mostrador circular, donde tres agraciadas jóvenes despachaban las fichas. Los teléfonos estaban sujetos a las paredes, separados unos de otros por bajos tabiques de corcho.

Apenas los dos jóvenes transpusieron la puerta del locutorio, cuando Casey se dio cuenta de que algo anormal ocurría allí. Varias personas gesticulaban ante el mostrador circular, exigiendo la devolución del importe de las fichas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Casey, abriéndose paso hacia el mostrador.

—¿Qué ocurre? —repitió un hombre grueso, cuya abundante papada temblaba de indignación—. Que estábamos hablando y de pronto se cortó la comunicación. Esto es una vergüenza. Me quejaré a...

—Una avería no es para ponerse así. ¿Ha ocurrido en todos los

teléfonos a la vez?

—Sí, señor —replicó una de las jóvenes, volviéndose hacia él—. Debe ser una avería en la centralilla. Mi compañera lo está preguntando por el teléfono interior.

De pronto, otra muchacha que manipulaba ante un aparato, con los auriculares puestos, se levantó de repente, se quitó el casquete y corrió hacia el mostrador.

—Tres hombres han asaltado la central telefónica y la han destrozado a martillazos. Me lo ha dicho James por el tubo acústico.

Casey dejó de ser un ciudadano para convertirse en el Agente del

F. B. I.

acostumbrado a las conclusiones rápidas y a la acción inmediata.

Sin saber por qué, su pensamiento voló al «Cadillac» azul, al contralmirante que vio en el campo y a *sir* Pickard Drake, el sonriente inglés, y se afirmó en sus sospechas de que el marino que viera en el campo de aterrizaje no era el mismo que había visto en el «Cadillac» azul eléctrico.

«¿Es que no hay más que un contralmirante en la Marina?», se preguntó.

Pero una sospecha estaba germinando ya en su cerebro.

De pronto se escurrió de entre la gente que casi llenaba el locutorio, atraída por el ruido de las voces y salió disparado hacia la puerta.

Al pasar junto a Rosemary la agarró de una muñeca, tirando de ella fuertemente.

—Sígueme —exclamó excitado.



II

ACORRALADO



ESDE toda Nueva Orleáns llovían las llamadas sobre el aeropuerto. No eran sólo los habitantes de la bella ciudad de Luisiana los que tenían necesidad de enterarse del horario de llegada y partida de los aviones los que llamaban, sino muchísimas personas que pedían comunicación con los pueblecitos de los alrededores, con los cuales la central telefónica del aeropuerto establecía conexión.

Pero el aeropuerto no contestaba, y nadie podía explicarse la causa, pues las averías no son cosa frecuente en el servicio telefónico de los Estados Unidos, y menos de la duración de aquélla.

Algo grave debía de haber ocurrido.

Pero nadie sabía en aquel momento la verdad de lo sucedido más que Casey Weining, que, a decir verdad, tampoco estaba muy seguro.

Cuando llegó a la cancela, el automóvil que estaba estacionado ante la puerta cuando él llegó al aeropuerto se alejaba carretera adelante. El «Cadillac» azul eléctrico no se veía por parte alguna.

Tres o cuatro hombres, evidentemente periodistas, hablaban en la calzada, junto a la acera, y Casey pudo recoger sus palabras.

—Dijo que iba al hotel Grounewald —decía uno de ellos—. Vamos hacia allá.

—Es la primera vez en mi vida que veo a un contralmirante con peluca —replicó otro, riendo—. Y no sé para qué la quiere, si tiene debajo un hermoso pelo.

Casey se sobresaltó. Acercándose a ellos, dijo rápidamente:

—Soy agente del

F. B. I.

¿Por qué ha dicho usted eso? —preguntó al que había hablado el último.

—Porque eso es lo que ha pasado El contralmirante llevaba la gorra en la mano al entrar en el coche, se dio con la cabeza en el marco de la portezuela y la peluca que llevaba puesta se le cayó al suelo. Si lo hubiera usted visto. Era como para morir de risa.

—Pues no es para reírse —repuso Casey, muy serio, y el otro le miró extrañado.

—Oiga: ¿ocurre algo? —preguntó, con todos sus sentidos de periodista despiertos.

—No mucho. ¿Han notado ustedes si algunos de los periodistas y fotógrafos que estaban aquí eran desconocidos para ustedes?

—¿Algunos? La mayoría —replicó otro—. Por cierto que, mírelos. En ese coche van. Creímos que representaban a la Prensa de Nueva York. Oiga, oiga: pero ¿qué es lo que pasa? ¿Se ha vuelto usted loco?

Casey echó a correr hacia su automóvil, arrastrando a Rosemary detrás de él.

Subió al «Chrysler» y ella fue a imitarle, pero él la contuvo, mientras ponía el motor en marcha.

—No subas, Rosemary. Coge un «taxi» y vete inmediatamente a

ver al inspector Seamann. Di que es urgente. Dile de mi parte que sospecho que han raptado al profesor Drake, ¿entiendes?

Ella afirmó con la cabeza, extrañada.

—Dile que espere noticias mías y, ¡por los clavos de Cristo!, no te dejes sonsacar una palabra por esos periodistas.

Antes que la aturdida muchacha pudiera replicar una sola palabra, Casey ya había pisado el acelerador y se lanzaba en persecución de los dos coches que avanzaban rápidamente por la carretera.

Al tomar la curva de salida del aeropuerto miró hacia atrás. Los cuatro periodistas rodeaban a Rosemary, gesticulando excitados. Casey sonrió. La conocía muy bien, y sabía que Rose no soltaría prenda. Dentro de pocos minutos, Seamann estaría enterado de todo lo ocurrido en el aeropuerto. Era necesario dejarle un rastro para que pudiera seguirle, por si las cosas venían mal dadas.

Los dos automóviles que iban delante de él avanzaban a gran velocidad. El primero le llevaba una gran ventaja, pero esto no le importaba demasiado, porque estaba seguro de que, siguiendo el de los falsos reporteros, llegaría, al fin, donde fuese el otro.

Al llegar al cruce con el camino que había a media milla del aeropuerto, Casey recordó que fue allí donde había visto por última vez el otro coche y el recuerdo de ello le estremeció. ¿Dónde estaría aquél?

Pero no era el momento para pensar en cosas ya ocurridas, sino para poner toda la atención en lo que estaba sucediendo. Una milla antes de llegar a Nueva Orleáns, el coche ocupado por los falsos reporteros torció hacia la izquierda, metiéndose por una carretera de segundo orden que rodeaba la ciudad por el Norte y el Este, para dirigirse a la desembocadura del Mississippi, situada a ochenta y cinco millas de la ciudad.

La carretera se deslizaba por la ladera de una suave colina cubierta de pinos, al otro lado de la cual el lago Pontchartrain relucía al sol como un espejo. Tenía a Nueva Orleáns a sus pies, y a lo lejos, en un nivel superior al de la ciudad, el mar, el Golfo de Méjico, del cual se elevaba una ligera neblina, que disminuía el resplandor de los rayos del sol, que miraba en sus aguas quietas.

La ciudad había quedado atrás. Una pequeña cantina, situada junto a la carretera, ofrecía refugio a los excursionistas. A su lado

había un surtidor de gasolina, y Casey aminoró un poco la velocidad al llegar a él, haciendo seña con una mano al encargado para que se acercase.

Éste obedeció.

—Buenas tardes, señor —dijo, llevándose la mano a la gorra—. ¿En qué puedo servirle?

—Llame al número tres, tres, cuatro, siete, ocho, dos —dijo, rápidamente, Casey—. No se le olvide. Pregunte por el inspector Seamann y dígame de parte de Casey Weining que he pasado por aquí. Gracias.

Aún no había acabado de apuntar el número del teléfono el encargado de la gasolinera, cuando ya Cas pisaba de nuevo el acelerador. ¿Dónde estaría el coche en el cual llevaban a *sir* Drake? No lo había vuelto a ver, pero seguramente el que tenía delante le conducirla hasta él. ¿Qué ocurriría en el otro automóvil? Probablemente, el sabio inventor se habría dado cuenta de lo que ocurría, pero el contundente argumento de una pistola aplicada a su costado le haría callar.

Hacía cinco minutos que el parador había quedado atrás, cuando Cas pasó velozmente junto a un coche estacionado a un lado de la carretera. De una ojeada comprobó que en él iban cuatro hombres, y no pudo ver más entonces, pero un minuto después se daba cuenta de que aquel coche le seguía. Podía verlo en el espejo retrovisor, rodando a cien yardas de él. Bueno: no había por qué alarmarse. Seguramente llevaría su mismo camino. De pronto, en un recodo de la carretera, Cas pisó repentinamente el acelerador, tachándose de imbécil. Sumido en sus reflexiones y en la observación del negro «Studebaker» que le seguía, se había metido encima del coche de los seudo reporteros, que estaba parado en el centro de la carretera, impidiéndole el paso.

Varios hombres estaban a su lado, empuñando fusiles ametralladores, con los cuales le apuntaban. Fue a dar marcha atrás, dándose cuenta de que se habían apercebido de la persecución de que eran objeto, pero el «Studebaker» se pegó a su trasera, impidiéndole retroceder ¡Estaba cazado!

Dispuesto a afrontar la situación se asomó a la ventanilla, conservando la mano derecha en el volante, para gritar a uno de los individuos que se aproximaban:

—¡Eh, oiga! Hagan el favor de retirar el coche; no puedo pasar.

—No vas a pasar —replicó, amenazador, uno de los sujetos.

Cas observó su cara, poco amena, sus ojos acerados, y sobre todo, el fusil ametrallador que sostenía debajo de su sobaco derecho, con la mano izquierda en el gatillo.

—¿Es un atraco? —preguntó Cas.

—Ahora lo verás. Sal del coche —gruñó el otro, llegando a su lado, seguido de otros dos individuos.

Cas obedeció, alarmado. Las cosas presentaban un cariz demasiado feo para mirarlas con tranquilidad. Del «Studebaker» parado detrás de su automóvil llegaban otros dos hombres, empuñando las aplastadas pistolas del tipo «F. N.», que apenas hacen bulto en los bolsillos.

El hombre que sostenía el fusil ametrallador se dirigió a uno de los recién llegados.

—Le hemos cogido, Gashface... —dijo.

—Haz el favor de no decir nombres —gruñó éste, interrumpiéndole.

Se enfrentó con Cas, y el agente del
F. B. I.

pudo ver su cara, atravesada por un chirlo desde la oreja izquierda a la comisura del labio del mismo lado.

—Para lo que le va a servir —rezongó el otro.

—¿Quién es usted? —interrogó el del chirlo.

—Vaya. Menos mal que alguien me hace una pregunta sensata —replicó Cas—. Me llamo Rogers y voy a la playa, donde tengo una casita. ¿A qué viene todo ese arsenal? La guerra ha terminado hace tiempo. Si es dinero lo que quieren...

—Puede guardárselo —gruñó Gashface—. Sus gracias, también. Tú —agregó, dirigiéndose a uno de sus hombres—, regístrale.

El aludido avanzó hacia Cas, que palideció, pero no opuso la menor resistencia. Medio minuto después, el «gangster» había encontrado la placa de agente del

F. B. I.

y la «Luger» de reglamento.

—Conque a su villa, ¿eh? —sonrió, irónicamente, Gashface—. ¿Por qué nos sigue? —preguntó siniestramente.

—Yo, no...

—Basta de charla. Terminemos de una vez. Es peligroso estar aquí.

Hizo una seña al hombre que estaba detrás de Cas, que éste recogió, pero ya era tarde para evitar lo que sobrevino después.

Algo duro se estrelló contra su nuca. Cas sintió que la tierra se hundía bajo sus pies y que, falto de apoyo, iba a caer al suelo. Aún se tambaleaba en la negrura que le rodeaba cuando llegaron a sus oídos algunas palabras.

—Es mejor así, Quillian —decía el hombre del chirlo—. Dentro de un par de días terminaremos lo del sabihondo ese y que nos echen un galgo. En cambio, si le matamos...

Un nuevo golpe aplicado con más vigor que el anterior le hundió definitivamente en la inconsciencia, y cayó al suelo.

—Tíralo en la cuneta —ordenó Gashface.

El hombre que le había propinado el golpe le cogió de ambos sobacos y lo arrastró a un lado de la carretera, tirándolo en la cuneta sin el menor miramiento.

Luego, montaron de nuevo en los coches y desaparecieron a lo lejos.

El inspector Seamann estaba en su despacho, trabajando. Mejor dicho, en aquel momento había dejado a un lado los papeles que tenía en la mesa de su despacho y se recreaba viendo una revista. Estaba contemplando el anuncio de un aparato vibrador para adelgazar, mientras pensaba en la posibilidad de adquirirlo para su uso, cuando el timbre del dictáfono que tenía a su lado sonó con insistencia.

Seamann bajó la palanca, y la voz agradable de Stella Turner, su secretaria, se dejó oír.

—Míster Seamann, hay aquí una señorita que quiere hablar con usted. Dice que viene de parte de Casey Weining y que es urgente.

—Que pase inmediatamente —replicó el inspector.

¿Qué le habría ocurrido a Casey? Estaba esperando que le llamase desde hacía más de media hora, pero hasta el momento, Cas no se había puesto al habla con él, cosa que le extrañaba, porque, a pesar de sus veintiséis años, Casey Weining era uno de los agentes más astutos, equilibrados y sensatos con que contaba en la División.

Rosemary irrumpió como una tromba en el despacho, en cuanto

Stella le abrió la puerta, indicándola que podía pasar.

Seamann sabía apreciar la belleza femenina, y se dijo que pocas veces, le era dable contemplar tanta hermosura y gracia reunidas en un solo cuerpo de mujer.

Se levantó de su asiento e indicó a Rosemary una silla, pero la joven hizo caso omiso de su invitación, y comenzó a hablar con agitación, manteniéndose erguida al otro lado de la mesa.

—Inspector —dijo—, me manda Casey Weining. Se trata de algo muy urgente y grave.

A continuación refirió lo ocurrido en el aeródromo, y cuando llegó al momento en que Cas intentó telefonarle, Seamann dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Maldit...! Perdone... Ahora comprendo por qué no he podido comunicar con el aeropuerto. ¿Dónde está Cas?

—Montó en su coche y se lanzó detrás de los falsos periodistas —prosiguió Rose, muy excitada—; pero antes me encargó que viniera inmediatamente a verle a usted para darle cuenta de todo lo ocurrido y de que seguía la pista de esos bandidos.

—¿Y qué hacía Cas en el aeropuerto? —preguntó Seamann, con una calma desesperante.

—Fue a esperarme a mí, ¿no lo comprende? Dese prisa, haga algo, ¡hombre de Dios! —exclamó Rose, excitada por su tranquilidad.

Seamann sonrió:

—Le quiere usted mucho, ¿verdad? —preguntó.

Rosemary se encendió de rubor y de ira.

—Oiga: ¿no le parece que no es hora de discutir mis sentimientos hacia Cas? Está en peligro y... —dijo.

Sin dejar de sonreír, Seamann la preguntó de nuevo:

—Está bien. ¿Sabe las señas de ese automóvil?

Rosemary se las dio y el inspector levantó la palanca del dictáfono:

—Stella —dijo inclinándose hacia el aparato—. Encarezca la búsqueda y captura de un automóvil marca Cadillac, de color marrón claro, matrícula de Virginia número 33-H21...

aunque supongo que será inútil.

Cerró el dictáfono y sé volvió hacia la muchacha para decir algo,

pero en aquel momento sonó el teléfono.

—Aló —dijo Seamann, tomando el auricular.

—Soy Percy, inspector. Un hombre quiere hablar con usted. Dice que es de parte de Cas y urgente.

—Todos los recados de Cas son hoy urgentes. Dele línea —replicó el inspector—. Dígame.

—¿Inspector Seamann? —preguntó la voz del encargado de la gasolinera al otro lado del hilo.

—El mismo. ¿Tiene un recado para mí?

—Sí, señor. Soy el encargado de la gasolinera de la carretera de los diques. ¿Sabe cuál le digo? Bueno, pues hace un minuto Casey Weining ha pasado por aquí. Me encargó que se lo dijera.

—Está bien. Muchas gracias —replicó el inspector colgando de nuevo el auricular. Luego elevó sus ojos hacia Rosemary y agregó —: Bien, ya tenemos noticias más concretas de Cas. Voy a enviarle ayuda. Espere un poco.

Salió del despacho y tardó unos minutos en volver.

—Ya está todo arreglado —dijo a Rose que paseaba nerviosamente por la estancia—. Un coche con cuatro hombres ha salido en su ayuda.

—Gracias a Dios —murmuró Rosemary—. Perdome lo de antes, inspector.

—No hay de qué, muchacha. Olvídelo.

El teléfono sonó de nuevo.

—Este despacho parece hoy una sucursal del manicomio —gruñó Seamann—. Espero que no será otro recado de Casey.

Descolgó el auricular, bajo la mirada nerviosa de Rosemary. Inmediatamente una voz conocida llegó hasta él.

—¿Seamann? Soy el almirante Foster. Venga a verme enseguida. Ha ocurrido algo grave y...

—Ya lo sé, almirante. Va usted a decirme que el profesor Drake ha sido raptado, ¿no es así? Pues me complace decirle que estamos sobre la pista de los autores del hecho y...

—¡Caramba, Seamann! Eso se llama actuar con rapidez.

—De todas formas ahora mismo voy allá, para enterarle de algunos detalles.

Colgó el auricular y de nuevo se encaró con Rosemary.

—¿Quiere que la lleve a alguna parte? —le preguntó.

—Si es usted tan amable —replicó ella—. He despedido el «taxi» y...

El inspector abrió la puerta, invitándola a pasar delante. Rosemary salió al pasillo y Seamann se situó a su lado, no sin antes lanzar una mirada de aprobación al cuerpo garboso de la muchacha.

Mientras tanto, el coche enviado por Seamann en auxilio de Cas, salió de Nueva Orleans atravesando el City Park. En menos de cinco minutos llegó ante la gasolinera y pasó de largo.

Unos minutos después, la silueta de un hombre, que se tambaleaba en mitad de la carretera, apareció a su vista. El conductor frenó en seco y Cas se acercó al coche.

—¿Qué ha ocurrido, Cas? —preguntó Sandy, asomándose a la ventanilla. ¿Te han hecho un chichón?

—Dos —gruñó Cas—. Pero me las pagarán, te lo juro. ¡Hacerme dos chichones a mí!

—¿Hacia dónde tiraron? —preguntó un agente novato, que estaba deseando entrar en acción.

—Oye, bisoño: cuando tengas más experiencia sabrás que cuando uno está en el cielo no se da cuenta de nada —replicó Cas y el otro enrojeció—. No obstante —continuó aquél—, creo que han seguido la carretera. Hacedme sitio.

Se acomodó entre los dos agentes que iban en la parte posterior del coche y prosiguieron su camino, en la dirección que Cas había indicado.

—Y además se llevaron mi coche —gruñó el maltrecho agente—. Esa gente no tiene la menor idea de lo que es guardar las formas.

La carretera discurría ahora por el centro de verdes prados y tierras de labor. De vez en cuando alguna granja o villa de recreo surgía a los lados de la carretera y, al fin, llegaron a un punto en que aquélla se bifurcaba.

—Bien —gruñó Cas—. Ahora sí que es difícil decir por dónde han tirado. Espera.

Un automóvil avanzaba hacia ellos por la carretera de la izquierda. Cas se apeó y, poniéndose delante del coche, le hizo señas para que se detuviera.

Iba conducido por un hombre con aspecto de granjero, que era su único ocupante. Cas se acercó a él y le preguntó:

—¿Viene de muy lejos?

—De mi granja. A unas quince millas de aquí —replicó el granjero, suspicazmente, al ver el estado de Cas—. ¿Qué quiere?

—Soy agente del

F. B. I.

—replicó Cas—. Desearía saber si se ha encontrado usted algún automóvil. Concretamente, un «Cadillac» color marrón, un «Chrysler» gris o un «Studebaker» negro.

—Me he cruzado con los tres —replico el granjero—. Mejor dicho: con cuatro, porque cosa de dos millas delante del «Chrysler» me crucé con otro «Cadillac» con matrícula de la Marina.

Cas emitió un silbido.

—Parece que van a poner un garaje —murmuró—. Muchas gracias, amigo.

El coche de los agentes prosiguió su marcha.

—Sam —dijo Cas al chofer—, písale de firme. Nos llevan unas ocho millas de ventaja, pero si siguen caminando en reata como hasta ahora, no nos será difícil dar con ellos.

El coche volaba sobre el asfalto. Media hora después encontraron el coche de Cas, a un lado de la carretera, con el motor destrozado y cien yardas más allá, el «Cadillac» de los que pretendían pasar por periodistas en las mismas condiciones.

—Sin duda alguna era robado —comentó Cas—. Bien. Creo que estamos perdiendo el tiempo. Sin embargo, sigue hasta Claiborn. Sam. A ver si allí podemos obtener algún dato.

Pero en esta ciudad no pudieron darles ningún detalle. El motorista que encontraron a la entrada les informó que hacía más de una hora que estaba allí y no había pasado ningún coche de las características que le dieron.

—Se habrán metido por algún camino. O quizá estén en alguna de esas lindas casitas de aspecto inofensivo que hemos visto —opinó Sidney—. Sea como sea, me parece que hemos perdido el rastro.

—Todavía no —replicó Cas—. Tengo algo que quizá nos sirva para encontrar a los que me acariciaron.

—¿Qué es? —preguntó el novato, con curiosidad.

—Esto —replicó Cas, enseñándole un estuche de cerillas, vacío.

—Uno de los tipos que me agredió encendió un cigarrillo y lo

tiró al suelo —explicó—. Cuando volví en mí me acordé y lo recogí.

Sidney lo examinó cuidadosamente. Era un estuche de los que regalan a sus clientes todos los salones y cafés, así como numerosos bares de las principales ciudades de los Estados Unidos, con fines de propaganda.

Sidney, leyó:

«Miami, *night Club*. Abierto toda la noche. Poydras Street, 42».

—Algo es algo —murmuró, devolviéndoselo a Cas.



III

INVESTIGACIONES



ASEY Weining estaba en el despacho del inspector Seamann después de haber almorzado en un restaurante cercano, cuando Seamann entró como una tromba en su despacho. Venía de las oficinas del almirante Foster, situadas en Tulane Avenue, mascullando amenazas contra los forajidos que pretendían perturbar la paz que, desde hacía mucho tiempo, imperaba en Nueva Orleans.

—Hombre, ¿ya te has decidido a regresar? —le preguntó con sarcástico tono mientras tiraba el sombrero hacia la percha, en la cual quedó colgado con precisión matemática.

—No pude venir antes —replicó Cas—. Me hicieron una caricia que no me dejó.

—¿Quieres decir?...

—Eso mismo. Me dieron en la nuca con algo más duro que mi

cabeza y el resultado no pudo ser más lamentable. Estaba recobrando el sentido cuando llegó Sidney con el coche. ¿De dónde viene?

—Del Almirantazgo. El contralmirante Pearce iba a recibir a *sir* Drake, pero unos individuos le salieron al paso, impidiéndole llegar al aeropuerto. Mataron al chofer, y Shoulders y el contralmirante están en el hospital de la Marina, conmocionados. Tú tienes la cabeza más dura que ellos.

—¡Maldita sea! Y pensar que si no se me hubiera ocurrido adelantarme a su coche habría podido impedir todo esto. Es como para...

—Tú no tienes la culpa. No sabías que iba a ocurrir. Vamos a ver, Cas; siéntate en ese sillón y discutamos el punto en que nos encontramos. Al parecer hemos perdido todas las pistas, ¿no es así?

—Sí y no —replicó Cas, sentándose en el sillón que Seamann le señalaba. Encendió un cigarrillo y prosiguió—: En el lugar donde me agredieron encontré esto.

Seamann tomó el estuche de cerillas y lo examinó.

—Es del Miami —dijo—. Dudo que nos sirva para algo. En primer lugar dan cientos de ellos todos los días, y además no sabemos si pertenece a alguno de los que te atacaron.

—De esto estoy seguro. Lo tiró uno de ellos antes de enviarme al mundo de los sueños.

—Bueno. Algo es algo —concedió el inspector, paseando ante él. Su corpulenta humanidad, algunas de cuyas partes comenzaban a redondearse a causa de la grasa, se detuvo luego ante Cas, diciéndole—. Además podemos intentar sacar algo por los fotógrafos que fueron al aeródromo. Si se tiraron placas, quizá en alguna de ellas aparezca alguno de los raptos.

—¡Magnífica idea, inspector! —aprobó Cas—. Había también un individuo que tiene un chirlo desde la oreja izquierda hasta la comisura del labio. Quizá Watson pueda darnos noticias de él.

—Si es de aquí o ha estado antes en Nueva Orleans, desde luego. Su fichero de cicatrices es de lo más completo que hay. Bien —agregó luego el inspector, mirando a Cas con sus vivarachos ojillos—. Aún no estamos vencidos, muchacho.

—Pero hay que darse prisa. Mucha prisa. El del chirlo dijo que el asunto del profesor era cosa de un par de días.

—Depende de la entereza de *sir* Drake —masculó sombríamente el inspector.

—¿Por qué lo han hecho? —preguntó Cas encendiendo otro cigarrillo.

—Puedo decirte los móviles, pero no quién lo hizo ni por cuenta de quienes actúan. *Sir* Drake ha inventado un aparato cuyo costo de producción es insignificante, que elimina los escapes de gases en los motores de aceite pesado. Según me ha dicho el almirante, este invento es de vital importancia para la Marina, porque la mayor parte de sus buques y la totalidad de los submarinos llevan motores de este tipo. *Sir* Drake venía a concertar con la Marina la cesión de su invento.

—¿Por qué se detuvo en Nueva Orleans? Podía haber ido a Nueva York y desde allí a Washington.

—Las pruebas del aparato debían de realizarse aquí, en Nueva Orleans, a la vista de Foster y Pearce, los cuales debían redactar un informe para el Departamento de Marina.

—Comprendido. Y el aparato, ¿dónde está?

—En la Comandancia de Marina. Llegó ayer en un destructor que fue expresamente a La Habana para recogerlo.

—¿Por qué no vino el profesor en el destructor? —Tornó a interrogar Cas.

—Lo ignoro. Quizá no tuviera resueltos sus asuntos particulares o tal vez fuera otra cosa.

Cas permaneció pensativo durante unos segundos.

—Alguien tuvo que informarles de la llegada del profesor —dijo al fin.

—Claro que sí —replicó Seamann—. Eres muy inteligentísimo. Si leyeras la prensa verías que venía en todos los periódicos de anteanoche. Es lo malo que tiene la prensa de este país. Demasiada libertad. Eso es —agregó, dando un puñetazo sobre la mesa—. Mira cuáles son los resultados de la excesiva libertad de prensa. Ni siquiera respetan los secretos militares. Bueno, ¿qué vas a hacer?

—En primer lugar telefonear a un garaje para que manden una grúa a recoger mi coche. Oiga, Seamann: ¿podemos cargar la reparación a gastos del servicio?

—Naturalmente que sí. Aunque, mirándolo bien, yo no te pedí que te metieras en esto.

Cas sonrió y llamó por teléfono a un garaje, diciéndoles dónde había quedado su coche para que fueran a recogerlo. Luego marcó otro número.

Le contestó una voz de mujer.

—Oiga: ¿ha llegado la señorita Rosemary? —preguntó.

—Sí, Cas; ¿quieres hablar con ella?

—Hola, tía Edith. Tengo que darle las gracias por haberme pedido que fuera a recibir a su sobrina. Gracias a ello...

—Rose me lo ha contado todo. Me ha dicho que es confidencial, así es que no se lo diré a nadie —replicó tía Edith, y Cas se llevó la mano libre a la cabeza, pensando cuánto tardaría Nueva Orleans en conocer todo lo que sabía la vieja.

—¿Quiere decirle a Rose que dentro de quince minutos la espero en la plaza de Lee Circle? Bien, gracias. Hasta luego.

—Es muy guapa Rosemary, ¿eh, Cas? —Gruñó el inspector cuando aquél colgó el auricular.

—Sí, muy guapa, pero no hay nada que hacer con ella, viejo solterón. Vamos a casarnos.

El inspector sonrió. Luego preguntó a Cas:

—¿Por dónde vas a empezar?

—Por ver si Watson puede decirme algo acerca del angelito del chirlo. Luego iré a las redacciones de algunos periódicos, y a la noche...

—Al Miami, ¿no? ¿Necesitas a alguno de los muchachos? Sid, por ejemplo; ¿o prefieres otro?

—De momento voy a actuar solo; pero si tiene que ayudarme alguien me gustarla que fuese el novato ese que nos enviaron hace unos días...

—¿Te refieres a Shearer?

—Ese mismo. Bueno, Seamann. Deséeme buena suerte —dijo Cas abriendo la puerta.

—Adiós, muchacho. No te expongas más de lo necesario y comunica conmigo con frecuencia —le recomendó el inspector estrechando su mano.

En los sótanos del edificio se encontraba el archivo, juntamente con los ficheros y el Gabinete de Identificación.

Norman Watson estaba al frente de las tres secciones. Había sido retirado del servicio activo hacía poco más de un año, a causa de su

delicado estado de salud. Él había salido ganando en el cambio y la División del

F. B. I.

en Nueva Orleans también, porque Watson había organizado el fichero más completo de malhechores de que disponía aquella formidable organización.

La enfermedad había hecho estragos en el cuerpo de Watson, que había adelgazado considerablemente. No obstante, sus ojos relucieron de alegría al ver a Cas, de quien era buen amigo.

La amplia nave, cuyo techo estaba sostenido por columnas de cemento armado, aparecía materialmente ocupada por estantes y ficheros metálicos, entre los cuales quedaban amplios pasillos que facilitaban las idas y venidas de los empleados en la sección.

—Hola, Cas —dijo Watson, levantándose para estrechar su mano cuando le vio entrar en su despacho—. Me dijeron que te habían hecho «pupa».

—Quisieron aplastarme la cabeza —replicó el agente—, pero resultó demasiado dura y aquí estoy para ver si puedes facilitarme unos datos.

—Tú dirás.

—¿Podrías encontrarme a un hombre por una cicatriz?

—Puede que sí y puede que no. Si lo tengo fichado, desde luego —replicó Watson, con cierto orgullo—. ¿Dónde tiene la cicatriz?

—Le cruza la cara desde la oreja izquierda hasta la comisura del labio —replicó Cas.

—Ven conmigo.

Siguiendo a Watson llegaron a un rincón de la nave, donde se veían varios ficheros de la altura de un hombre. Encima de ellos campeaba un rótulo en el que se leía:

«CICATRICES»

Watson buscó en ellos un momento.

—Aquí está. Vamos a ver.

—Cicatrices de la cara —leyó Cas en el frente del armario que Watson le señalaba.

El fichero tenía varios cajones, señalados con rótulos que indicaban la clase de cicatriz de la cara que contenía cada uno de ellos: cicatrices de la frente, de la nariz, del mentón, de las orejas,

mejilla derecha y mejilla izquierda.

Watson tiró de este último cajón. Había en él una buena cantidad de fichas que Cas miró asustado, pensando en su cita con Rosemary.

—¿Tendré que mirarlas todas? —preguntó.

—No —replicó Watson—. Espera un poco.

Unos cartones colocados entre las fichas, sobresaliendo ligeramente de ellas por su parte superior, aislaban las cicatrices horizontales de las verticales y circulares.

Watson sacó las correspondientes a las cicatrices horizontales. Había unas doscientas, según calculó Cas.

—Vamos a mi garito —dijo Watson.

Una vez en él, cada uno tomó un montón de fichas y comenzaron a examinarlas. Cas avanzaba rápidamente en su tarea y terminó enseguida, pero Watson tenía que ir apartando todas aquellas fotografías que mostraban cicatrices de la oreja a la boca; así es que tardó algo más.

Cuando terminó había apartado siete fotografías.

—Todos esos individuos tienen una cicatriz parecida a la que tú dices, Cas —dijo Watson—. Examínalos.

Cas fue pasando las fotos lentamente. Al llegar a la cuarta lanzó una exclamación de triunfo.

—Éste es. Estoy seguro —dijo.

Watson tomó la fotografía. Unida a ella iba una ficha que leyó en voz alta.

—Henry Caussman. Alias «Gashface». Otro alias... no interesa. Edad, cuarenta y seis años. Detenido por primera vez en 1928 por atraco a mano armada. Seis años en la Penitenciaría de Illinois. Ha cumplido otras condenas en Atlanta, Illinois otra vez y Sing-Sing.

Para detalles complementarios ver legajo C-S9.

¿Quieres más detalles?

—Por ahora no. Sólo quiero saber con quién me juego los cuartos. Bueno, Watson. Me voy. Tengo muchas cosas que hacer.

—Si necesitas más datos ven por aquí... Ven de todas formas, Cas. Desde que no lucho con vosotros en la calle me tenéis olvidado.

Había cierto dejo de amargura en la voz de Watson que no pasó desapercibido para Cas.

—Watson —replicó estrechando fuertemente su mano—. Bien sabes que te apreciamos igual que en los buenos tiempos.

Diez minutos después se encontraba en Lee Circle. Era una plazuela circular de pequeñas dimensiones, en cuyo centro crecía un lindo jardincillo poblado de bancos donde los niños jugaban a su alrededor.

Cas miró al reloj. Eran las seis de la tarde y se asombró al pensar las cosas que habían ocurrido en poco más de cinco horas. Frente a él se alzaba el Templo de Sinaí, dedicado por los judíos de la ciudad a sus cultos.

Estaba examinándolo cuando sintió una palmada en el hombro y una voz musical, bien conocida por él, exclamó a su lado:

—¿Qué hay, gran hombre? Pensé que no volvería a verte nunca.

Cas se volvió. Ante él estaba Rosemary Henson, tan linda y vivaracha como siempre, sonriéndole con aquella boca y aquellos ojos...

—¿Lo hubieras sentido mucho, Rose? —preguntó suavemente, cogiendo ambas manos de la joven.

—Terriblemente, Cas. Nunca agrada perder a los buenos amigos —replicó ella, parando el golpe.

—Buena finta, Rose —exclamó Cas.

Ella se colgó de su brazo alegre y feliz.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—¿Te interesa ver cómo son los periódicos por dentro? Vamos a visitar dos o tres. Luego...

—Tía Edith me dijo que fueras a verla. Está deseando escucharte. Yo creo que está enamorada de ti.

—¿Y su sobrina? —preguntó Cas sonriendo.

—¿Por qué no tomamos un «taxi», Cas? —preguntó Rose, saliéndose de nuevo por la tangente.

—La redacción de «El Noticiero» está aquí cerquita —replicó él—. Vamos dando un paseo.

Subieron por la Howard Avenue hasta la calle Gálvez, en la cual estaba la redacción de «El Noticiero». Al pasar ante un quiosco de periódicos Cas compró uno y lo examinó rápidamente. No aparecía en él la menor alusión al secuestro de *sir* Drake, ni tan siquiera a su

llegada a Nueva Orleáns.

—El viejo ha actuado deprisa —dijo, satisfecho, a Rosemary—. No ha permitido que aparezca la noticia.

—Quizá los periódicos no se hayan enterado de nada —sugirió ella.

—Tú no conoces a los chicos de la prensa —replicó Cas, penetrando en el edificio del periódico, junto a la muchacha—. Después de lo que vieron en el aeródromo habrían revuelto cielo y tierra para...

—¿Qué desean ustedes? —les preguntó un uniformado portero, saliéndoles al encuentro.

—Hablar con el director del periódico.

—¿Le ha citado a usted, señor? —preguntó el cancerbero con relativa amabilidad. Se veía que diariamente escuchaba cientos de veces la misma pretensión.

—No. Ni hace falta. Soy del

F. B. I.

Y tengo prisa, amigo.

—Suba en el ascensor número dos —replicó el hombre, llevándose la mano a la gorra.

El director de «El Noticiero» no pudo darle muchos detalles, porque no había enviado ningún reportero a esperar la llegada del profesor. No era un acontecimiento tan importante como para hacerlo.

—¿Sabe usted quién habrá enviado a alguno de sus muchachos? —preguntó Cas—. Quiero ver las fotografías que han sacado.

—Ah, eso es otra cosa. Vaya a la agencia Rapid. Es la que nos proporciona las fotografías de todos los actos donde no mandamos nosotros a nadie.

—¿Quiere darme las señas, por favor? —pidió Cas, disponiéndose a apuntarlas.

—Está en Rampart Street, catorce —replicó el orondo director sin disimular la admiración que la belleza de Rose le estaba causando.

—Eso está en el barrio francés, ¿no es así? Vamos, Rose.

Al salir a la calle tomaron un «taxi», porque las señas que el director del periódico les había dado estaban casi en el otro extremo de la ciudad, en la parte francesa.

Nueva Orleáns es una ciudad sumamente original. La calle del Canal la divide en dos partes. En la antigua, llamada también parte francesa, las casas son estrechas y umbrosas. El silencio de la gran urbe apenas si llega hasta ellas. Allí se encuentran la iglesia católica de San Luis, el Palacio Arzobispal y numerosos edificios de construcción francesa y española, con amplios patios en los, que numerosas fuentes y surtidores lanzan al aire el regalo del agua, entre las innumerables flores de los jardines, adornados con estatuas de la época colonial.

El otro sector de la ciudad es la llamada parte americana, donde se encuentran los edificios modernos y establecimientos de lujo, concentrados alrededor de las calles de St. Charles y la Prytania Avenue. En esta parte el tráfico de la circulación es constante y tan intenso como en cualquier otra ciudad americana. A veces puede incluso compararse con el de Nueva York, porque sólo esta parte de la ciudad tiene las calles bien pavimentadas, de forma que todo el tráfico rodado se concentra en ellas.

En esta parte también abundan los parques y jardines, como una expresión de la riqueza hidrográfica de Nueva Orleáns. Debido al terreno esponjoso en que se asienta y al enorme caudal de agua del río Mississippi, las filtraciones son abundantísimas y el subsuelo de la ciudad es blando y húmedo, hasta el punto de que apenas se excava en él se encuentra agua, por lo cual se entierra a los muertos a dos o tres metros de altura, en macizos de tierra previamente contruidos, y los cimientos de las casas tienen que hacerse con grandes bloques de hormigón armado.

El «taxi» los dejó ante una casa de dos pisos, y Cas y Rose penetraron en ella. La agencia Rapid ocupaba todo el piso bajo. Le costó poco trabajo a Cas ser conducido ante el director, que a aquella hora de la tarde se ocupaba en enviar las fotografías a los periódicos para la edición de la noche.

Cas, le expuso sus pretensiones, y míster Colbert se mostró dispuesto a atenderle.

Sí. Él había enviado al aeródromo dos fotógrafos que habían tirado numerosas fotografías de la llegada del profesor Drake, pero había recibido orden por teléfono del jefe de Policía de la ciudad de no publicar ninguna hasta que se le autorizase para ello.

Las fotografías que enseñó a Cas mostraban diversos aspectos del

acto.

—¿Me las puedo llevar? —preguntó Cas.

—¿Por qué no? Tengo los clichés y puedo sacar cuantas desee —replicó amablemente míster Colbert.

Cas y Rose se despidieron de él, y en aquel momento sonó el teléfono que míster Colbert tenía sobre la mesa del despacho.

Los dos jóvenes llegaban ya a la puerta del mismo, cuando el periodista les llamó.

—Eh, espere un momento. Es para usted.

Casey dio media vuelta y regresó a su lado, tomando el auricular que míster Colbert le tendía.

—¿Eres tú, Cas? —preguntó al otro lado del hilo la voz del inspector.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Algo estupendo, chico. ¿Te imaginabas tú que *sir* Drake tuviese una hija?

—¿Por qué no había de tenerla?

—Sí, claro. Tienes razón. Bueno, el caso es que va a venir a verme. Me gustaría que estuvieras presente en la entrevista.

—Está bien. Voy para allá —replicó Cas con resignación.

Colgó el auricular y se despidieron otra vez de míster Colbert. Una vez en la calle Rose le preguntó quién le había llamado por teléfono, y Cas le explicó lo que quería Seamann.

—Bueno. Supongo que esto termina nuestra excursión, ¿no es así? —preguntó ella.

—Sí. Por ahora. Oye, Rose: ¿quieres venir esta noche conmigo al Miami? —preguntó Cas de pronto.

—¿Qué piensas encontrar allí? —preguntó a su vez Rosemary, que sabía por Cas lo que éste había encontrado en la carretera.

—Quizá nada y quizá, mucho —replicó vagamente Cas—. Pero tengo que agotar todo lo que parezca una posibilidad. ¿Vienes o no?

—Eso no me lo pierdo por nada del mundo —replicó ella, con los ojos relucientes de alegría—. Quizá haya lucha, ¿no, Cas? —preguntó con esperanza.

—¿Eh? No... no lo creo... Si creyese que iba a haberla no te llevaría. Voy a acompañarte a casa.

Diez minutos después dejaba a Rosemary a la puerta de su casa, en la Avenida de Lousiana.

—Hasta luego, Cas —dijo la muchacha sonriendo.

—Recuerda que vendré a buscarte a las diez y media. Entonces veré a tu tía Edith. Hasta luego.

Por la ventanilla del «taxi» contempló a Rosemary subiendo la escalinata y lanzó un suspiro. Era una agradable compañera y se casaría con ella en cuanto Rosemary le aceptase, pero hasta ahora cuantas veces se lo había insinuado a la muchacha ésta desviaba la conversación por otros senderos, eludiendo una respuesta concreta.

—¿Adónde le llevo?

La voz del conductor le sacó de sus meditaciones. Le dio las señas del edificio donde se encontraba instalado el

F. B. I.

y se retrepó en el asiento del vehículo.

IV

ANNE MARIE DRAKE



a hija de *sir* Drake no había llegado aún al despacho del Inspector cuando Cas se apeó del «taxi» ante la puerta del edificio, y, para aprovechar el tiempo, Cas dio cuenta a Seamann del resultado de sus gestiones.

—Bueno —replicó el inspector—. No te ha ido mal del todo. Por lo menos ya conoces a uno de tus atacantes y tenemos las fotografías de varios de los otros.

—Que, por cierto, hay que separarlas de las otras personas que aparecen en las fotos y que eran realmente periodistas o curiosos —replicó Cas.

—Eso te lo hace Sidney en un segundo. Conoce a todos los

periodistas de la ciudad —contestó el inspector. Y abriendo el dictáfono agregó—: Stella...

—La señorita Stella se ha marchado ya. Soy Shearer —resonó una voz en el dictáfono.

—Está bien, Shearer. Procure localizarme a Sidney y dígle que venga a verme.

Mis Anne Drake llegó antes que Sidney. Cuando Shearer anunció la llegada de la joven los dos hombres se volvieron hacia la puerta, y Cas, aun estando, como estaba, acostumbrado a tratar con mujeres, se dijo, después de contemplarla, que no sabía en qué apartado clasificarla.

Su rostro no era hermoso. Para ello hubiera tenido que tener la nariz un poco más corta y la cara menos angulosa, pero aun así era sumamente interesante y daba la sensación de una gran fuerza de voluntad y decisión.

En cambio, su busto era perfecto. Largo, estilizado, elegante, parecía el cuerpo de una diosa pagana, enfundado en el vestido color cyclamen, que dejaba adivinar, a través de su banalidad, la suave perfección de sus curvas.

Un sencillo collar de pequeñas perlas rodeaba su cuello, y su sombrero era el último grito de la moda en Nueva York. Unas medias de Nylon, de tono oscuro, unos zapatos de piel de cocodrilo, haciendo juego con su bolso, y los guantes negros que le llegaban hasta el codo, completaban su atavío. Anne Marie Drake era una mujer hermosa, decidida y dominante. Debía de estar acostumbrada a que los hombres se doblegasen ante ella.

Cas había esperado encontrar una muchachita sencilla, probablemente provista de gruesas gafas, que ayudaría a su padre en sus investigaciones, y en lugar de aquello se encontraba en presencia de una mujer arrebatadora y dueña de sí misma, que le causó una enorme impresión.

Seamann también estaba sorprendido, pero su sorpresa duró mucho menos que la de su subordinado, y avanzó unos pasos hacia la mujer, estrechando la mano que ella le tendía con estudiado ademán.

—¿Es usted el inspector Seamann? —preguntó con voz cadenciosa, quizá un poco ronca, pero insinuante en extremo—. Tanto gusto. Me ha sorprendido usted. No esperaba encontrarme

con una persona tan joven y agradable. A veces la idea que se forja una de los inspectores del

F. B. I.

está muy lejos de la verdad.

Aquello le ganó las simpatías de Seamann, que efectuó las presentaciones.

—¡Ah! —exclamó Anne—. Conque ¿es usted Casey Weining? He oído hablar mucho de usted...

—¿Dónde? —le preguntó él, interrumpiéndola de una manera casi feroz, que hizo que Seamann le mirase reprobatoriamente.

—¡Oh, por ahí! —replicó Anne vagamente, y Cas llegó a la conclusión de que aquella mujer era demasiado dueña de sus nervios para agradarle—. Tengo amigos periodistas a quienes su nombre no se les cae de la boca. Ellos son los que me han informado de lo de mi padre.

Su rostro se entristeció ligeramente al decir esto.

—Vamos, vamos, señorita —murmuró Seamann—. No se apene usted. Le aseguro que muy pronto daremos con su paradero.

Le acarició suavemente la mano que pendía del bracero del sillón, mientras Casey pensaba que le gustaría conocer a los periodistas que la habían informado para decirles unas cuantas cosas. Pero ya no había remedio. Ella estaba enterada y no había que fingir.

—¿Usted cree? —preguntó Anne al inspector—. ¿Tienen ustedes alguna pista?

—Tenemos varias pistas —replicó Cas rápidamente—. Y a cual mejores. Antes de tres días podrá ver a su padre, mis Drake.

Ella lanzó un suspiro de alivio. Estaba realmente hermosa, sentada en el sillón tapizado en oscuro marrón, que contrastaba violentamente con el color de su vestido y del rubí platino de su pelo.

—Se lo agradezco mucho —suspiró.

—¿Vive usted en Nueva Orleáns? —preguntó Cas, ofreciéndole un cigarrillo que ella tomó.

Seamann se apresuró a ofrecerle lumbre y Anne, después de echar una bocanada de humo, repuso:

—No —repuso—. Vivo en Jackson. Soy artista de variedades. Trabajo allí.

Casey se explicó entonces sus formas amaneradas y lo estudiado de su «posse».

—¿Hace mucho que no ve a su padre? —le preguntó Seamann.

—Seis meses —replicó ella—. ¡Oh, no se extrañe usted, inspector! Las relaciones entre mi padre y yo no son demasiado... digamos demasiado cordiales. Por lo menos no son las que deben existir entre un padre y una hija. Él se opuso siempre a que yo siguiera la carrera artística. Tuvimos algunas escenas violentas y el resultado fue que me marché de casa. Hace de esto un par de años y desde entonces sólo le he visto cinco o seis veces, aunque, naturalmente, nos escribimos con frecuencia.

—¿Sabía usted algo de sus investigaciones? —preguntó Cas.

—Naturalmente. Cuando nos vimos la última vez me explicó que estaba a punto de conseguir perfeccionar un aparato que revolucionaría la industria del aceite pesado. No entró en detalles porque sabe que a mí estas cosas me aburren, pero ahora me pregunto si no habrá tenido algo que ver esto con su secuestro.

Cas y Seamann cambiaron una mirada de inteligencia.

—Desconocemos los móviles del rapto, *miss* Drake —aseguró el inspector muy serio—, y esto que nos ha dicho usted nos acaba de poner en claro algunos detalles que... Bien. Váyase tranquila. El asunto está en buenas manos —miró a Casey sonriendo—, y no tardaremos en tener noticias para usted. ¿Dónde se aloja?

—En el Hotel Comercial —repuso Anne levantándose—. Mi padre me escribió desde Londres, diciéndome que hoy llegaría a Nueva Orleáns, conque vine ayer de Jackson tan sólo para verle y la noticia de su secuestro me ha sorprendido... dolorosamente.

Disimulaba maravillosamente su dolor, según pensó Cas, pero ya nada le extrañaba en aquella mujer.

—Perdone mi curiosidad, inspector —continuó Anne con su voz deliciosa—. ¿Cómo llegarán ustedes a establecer contacto con esos forajidos?

—Lo lograremos, no se preocupe. Han dejado tantas huellas que parecen principiantes, aunque nos consta que no lo son. Quizá esperaban que todo les saliera bien y, al no ser así, se embarullaron un poco al final —explicó Seamann.

Anne Marie Drake no insistió y salió del despacho. Apenas la puerta se cerró tras ella, el inspector se volvió hacia Cas.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó.

—Demasiado llamativa para ser la hija de un sabio, e inglés por añadidura. Me desagrada que sea tan dueña de sí misma...; pero, claro, es que siendo artista...

—¿Artista? ¡Puah!... —exclamó Seamann con disgusto—. Ésta tiene de artista lo que yo de... no sé qué... Su padre no hubiera reñido con ella por eso. Ahí tienes el ejemplo de Churchill y Truman, sin ir más lejos. La hija del uno hace cine, la del otro canta ópera. ¿Por qué había de oponerse *sir* Drake?

—Algunos hombres tienen ideas un poco anticuadas —repuso Cas, divertido por las palabras del inspector.

Comenzaba a oscurecer. Los últimos rayos del sol poniente apenas si tenían ya fuerza para romper las tinieblas que comenzaban a invadir el despacho de Seamann.

—¿Qué planes tienes para esta noche, Cas? —preguntó el inspector.

—Voy a llegarme al Miami. Quizá en ese «night» club esté la clave del secuestro del profesor. Con un poco de suerte...

Unos golpes dados en la puerta le interrumpieron.

—Seguramente es Sidney —murmuró el inspector—. Adelante —agregó en voz alta.

Era Sidney, en efecto. Penetró en la estancia, saludando alegremente a sus compañeros. Luego preguntó al inspector:

—¿Me ha mandado usted llamar?

—Sí —repuso Seamann, tomando de la mesa del despacho el sobre que contenía las fotografías que unos momentos antes le había entregado Cas—. Quiero que veas estas fotos. Están hechas en el aeropuerto cuando llegó el profesor Drake. ¿Conoces a alguno de los que aparecen en ellas?

Sidney se inclinó sobre las fotografías que el inspector había extendido sobre la mesa. Había seis en total, y todas ellas quedaron expuestas a los ojos penetrantes del agente del

F. B. I.,

iluminadas por la luz del portátil que Cas acababa de encender.

En la primera de ellas aparecía tan sólo el profesor, saludando sonriente en la puerta del aparato. Sid ni la miró siquiera.

La segunda representaba el momento en que *sir* Drake estrechaba la mano del contralmirante que había ido a recibirle.

Había otras cuatro o cinco personas en la foto, ocupando un segundo plano, y Sidney señaló a una de ellas.

—Éste es Perry Kuster, de «El Globo» —dijo—. A los otros no los conozco.

Las otras dos fotografías fueron examinadas más atentamente. El contralmirante aparecía en ellas, llevando a su lado al profesor, camino de la salida del aeropuerto. Detrás de ellos y a sus lados aparecían hasta ocho o diez personas de las que Sidney sólo pudo identificar a dos como periodistas, y una de ellas era nuevamente Perry Kuster.

—Bien —dijo Seamann incorporándose—. La cosa está bien clara. Cuatro o cinco por lo menos de las personas que fueron al aeropuerto haciéndose pasar por periodistas están complicadas en el secuestro de Drake. El profesor llevó hasta el automóvil una buena escolta de rufianes.

—¿Cómo se dejarían hacer estas fotos? —preguntó Sidney—. Por ellas podemos descubrirlos y...

—¿Cómo podían impedir que se hicieran? —preguntó Cas interrumpiéndole—. No iban a encañonar a los fotógrafos de la Prensa con sus pistolas y decirles: «Ea, muchachos. Váyanse de aquí. Estamos raptando al profesor, ¿lo entienden?». Pero yo, inspector, en su lugar, enviaría enseguida unos cuantos agentes a la redacción de la Agencia Rapid.

—¿Temes que...?

—Naturalmente. En cuanto piensen en ello no tardarán un segundo en intentar hacer desaparecer las pruebas más acusatorias que se tienen contra ellos. Un abogado hábil y sin escrúpulos, de los que ellos pagan para que los defiendan en estos trances, podría sacarlos del apuro; pero llegue usted, muéstrole estas fotos al juez y no habrá fuerza humana que les libre de pasar una buena temporada en una penitenciaría del Estado.

—Sid, encárgate de eso —le encargó el inspector rápidamente—. O mejor aún, telefonea a la Jefatura de Policía. Eso es más bien cosa de ellos. Dile al jefe que sería conveniente que mande allí unos cuantos hombres. Si no ha ocurrido nada aún, pueden estar allí un par de horas y retirarse luego. Esos desalmados no dejarán de tener espías cerca, y así sabrán que la Policía ha estado allí y supondrán que ha ido a buscar las fotos que se tiraron en el aeropuerto.

—¿Puedo hacerlo desde aquí, inspector? Ganaría tiempo.

—Naturalmente. Llama enseguida.

Mientras Sid llamaba a la Jefatura de Policía, Seamann se encaró nuevamente con Cas.

—Bien. Dices que irás al Miami esta noche, ¿no es así? —le preguntó. Cas asintió y el Inspector prosiguió, poniéndole una mano sobre el hombro—. Ten cuidado, muchacho. Puede que aquello esté limpio como una patena, pero puede ser un nido de bandidos. ¿Por qué no te llevas a Sid?

—Prefiero que me acompañe Shearer. Aún no ha intervenido en ningún asunto y éste le servirá para foguearse. Dígle que vaya con alguna chica y separado de mí, pero que no me pierda de vista.

—De acuerdo, Cas. Ahora estoy más tranquilo. Llamaré a Stella y le diré que le acompañe. Quiere ingresar en la Policía femenina y esto será un mérito cuando llegue la hora de la selección. ¿Conforme?

—Estupendo. ¿Qué va usted a hacer mientras?

—Tengo por delante una noche movidita. Voy a llamar a Watson y nos dedicaremos a examinar su archivo, a ver si damos con alguno de esos tipos de las fotografías. Enviaré a Washington y Nueva York los retratos de los que no tenga él, y espero tener resuelta la identidad de todos ellos mañana por la mañana.

—Buena suerte, inspector.

—Más hay que deseártela a ti que a mí. Oye, Sidney. Tú te quedarás aquí esta noche, ¿entendido? Cas, si encuentras el menor tropiezo, telefonéale enseguida. Adiós, muchacho.

Estrechó vigorosamente su mano y Cas salió del despacho, seguido por Sidney.

En el antedespacho se encontraba Shearer. Cas le explicó detalladamente lo que pretendía hacer y la ayuda que esperaba de él. El muchacho se mostró entusiasmado por la noche que le esperaba si tenía un poco de suerte.

—Oye, Shearer, será mejor que entres y le digas al viejo que te enseñe esas fotos. Procura retener bien en la memoria esos rostros —le dijo Cas por último.

—De acuerdo —replicó el joven agente—. ¿A qué hora quieres que vaya por allí?

—Yo iré sobre las diez y media. Procura estar allí cuando llegue,

y no me pierdas de vista desde el mismo momento en que me veas entrar. Encarga a Stella que tenga los ojos bien abiertos y vea si alguien me vigila, y pásame una nota, si puedes, aunque será mejor que no te expongas.

—Y pensar que yo me tengo que estar aquí... —se lamentó Sidney.

—No te apures, Sid. A lo mejor es la noche más tranquila de mi vida —le consoló Cas.

Cuando llegó con Sidney a la puerta del edificio miró el reloj. Eran las nueve de la noche. Tenía hora y media por delante para ir a buscar a Rosemary y decidió irse a cenar a cualquier sitio. Luego pensó que era ya un poco tarde y se encaminó a casa de la joven, después de despedirse de su compañero.

Cuando Rosemary le salió al encuentro en el pequeño saloncito de recibir le tendió ambas manos en un gesto de cordial bienvenida, que causó a Casey una grata impresión.

—¿Cómo tan pronto? —le preguntó—. Falta aún más de una hora para las diez y media.

—Ya lo sé —replicó Cas—; pero pensé que no habríais cenado aún y quizá pudierais apaciguar el apetito de este hambriento.

—Claro que sí, Cas. Has hecho bien en venir.

Le cogió de la mano y lo condujo a través del largo pasillo alfombrado hasta llegar a una habitación deliciosamente amueblada, en la cual se notaba la huella de manos femeninas.

La tía Edith estaba sentada en un sillón, leyendo una novela policíaca a la luz de una lámpara de pie. Por el abierto balcón penetraba la fresca brisa del mar, moviendo ligeramente los estores y cortinas.

—Hola, Cas. Cuánto me alegro de verte —saludó la señora Henson, dejando a un lado la novela.

Eran su pasión las lecturas policíacas. Cas creía que su afición a ellas era una de las causas por las cuales era bien recibido en aquella casa. Se ganó la voluntad de la señora Henson el día que la llevó a ver los archivos de Watson y se pasó con ella tres largas horas en la amplia nave, satisfaciendo su curiosidad.

—Buenas noches, tía Edith. ¿Qué le duele a usted hoy? —preguntó Cas con cierta dosis de ironía en sus palabras.

Era típica de Edith Henson su preocupación por atraer sobre ella

la atención de las personas a quienes quería, quejándose de todos los males habidos y por haber. Si alguien hablaba delante de ella de alguna enfermedad, inmediatamente creía sentir sus síntomas, de manera que no había ninguna dolencia registrada en los anales de la Medicina que ella no hubiera padecido.

—¡Oh, Cas, querido! —se lamentó—. No te burles de mí. Explícame el secuestro ese. Ha debido de ser emocionante encontrarse en medio de todo el complot, ¿no es así?

—Le aseguro que no me hizo la menor gracia que me golpeasen en la cabeza —le aseguró Cas muy serio, sentándose a su lado en una silla.

—¿Que te han...? Pero ¡qué bandidos! —exclamó la tía Edith, indignada—. A ver, a ver, cuéntame —pidió con la ansiedad reflejada en su agradable rostro.

—Por Dios, tía, déjalo en paz. Me ha confesado que tiene un hambre de lobo —intervino Rosemary.

Cas le relató lo que había ocurrido durante la cena, y la tía Edith apenas probó bocado para no perder una sola de sus palabras. Claro que se lo contó a su modo, omitiendo todos aquellos detalles que le pareció conveniente; pero a cambio de eso adornó las cosas con tanto detalle, que, en cierto pasaje, llegó a tenderse sobre la alfombra del comedor para que la vieja pudiera percatarse de cómo había caído cuando le golpearon.

Al fin terminó el relato y con él la cena. Rosemary fue a componerse un poco, aunque Cas protestó, diciéndola que estaba encantadora y que no necesitaba arreglo alguno.

Regresó un cuarto de hora después, tan hermosa, tan rutilante de belleza y simpatía, que Cas la miró embobado. Su vestido de noche, en moaré azul oscuro; la diadema de pequeñas perlas que sujetaba sus cabellos; su pelo, peinado hacia arriba, todo contribuía a darle tal aire de distinción y elegancia, que Cas no pudo por menos de exclamar:

—Estás preciosa, Rosemary. Tú tendrás la culpa si esta noche me declaro a ti una docena de veces.

Ella sonrió dichosa, se colgó del brazo de Cas y salieron. Antes de llegar a la puerta, tía Edith les interpeló otra vez, aunque ya se habían despedido de ella.

—Oye, Cas: ¿qué esperas encontrar en el Miami? ¿Crees que

habrá lucha?

Aquellas palabras hicieron pensar al agente que había obrado con cierta ligereza al pedirle a la muchacha que le acompañase al «night» club. ¿Qué pasaría si se veía obligado a luchar? No quiso ni pensar en Rosemary, sola en medio del tiroteo.

—Estoy pensando, Rose... —dijo.

—Pues no lo pienses más —le interrumpió ella, Adivinándole el pensamiento—. Ahora sí que no me despegas de ti ni con agua hirviendo.

Cas se encogió de hombros. Volvieron a despedirse de la tía Edith y salieron.

El Miami comenzaba a animarse cuando llegaron a él. Habían llevado el coche de Rosemary, que dejaron estacionado en el aparcamiento próximo al salón, y salvaron a pie la manzana de casas que les separaban de éste.

Después de pasar por el guardarropa penetraron en la sala. Fuera quedaba el enorme cartel luminoso, compuesto por grandes letras azules, encarnadas y verdes, que denunciaba a dos millas de distancia el emplazamiento del salón.

La pequeña pista circular, situada en el centro, estaba ya totalmente ocupada por las parejas, que bailaban al son de dos orquestas que se relevaban. Alrededor de ella estaban situadas numerosas mesitas, con sus pantallas de diversos colores. A derecha e izquierda del salón, dos cortas escaleras conducían a las plateas, que se abrían por su parte delantera sobre el salón, separadas de éste por una pequeña barandilla.

Mientras se sentaban a la mesa que Cas había mandado reservar paseó la mirada por la sala. Estaba completamente llena de un público elegante y cosmopolita, que charlaba a media voz, llenando el salón con el murmullo de sus conversaciones.

En una de las plateas divisó a Shearer, acompañado por Stella. Parecían divertirse de lo lindo, y el agente debía de estarle contando a su acompañante algo muy gracioso que la hacía reír con ganas. Al parecer, estaban totalmente despreocupados y ajenos a lo que ocurría en el salón; pero los ojos sagaces de Cas observaron que Shearer no le perdía de vista ni un momento, y que Stella, sin dejar de reír, controlaba cuántos movimientos se realizaban a su alrededor.

Un camarero que se movía con admirable soltura por entre las apretadas mesas les sirvió lo que habían pedido. Rosemary miraba a su alrededor, satisfecha de encontrarse allí. Cas también miraba, pero con más disimulo y mayor atención que la joven.

Entre todas las caras que alcanzaba a ver no podía distinguir la de ninguno de los hombres que aparecían en las fotografías que le habían proporcionado en la Agencia Rápid.

Quizá Shearer fuera más afortunado que él, porque estaba situado en un punto más alto, desde el cual se dominaba todo el salón.

La orquesta atacó un fox lento. A su conjuro, las luces de la sala se fueron apagando, hasta quedar tan sólo iluminada por las pantallas multicolores de las mesas.

Casey seguía observándolo todo, mientras procuraba atender a la charla incesante de Rosemary. Realmente no sabía por dónde empezar, ni qué hacer... si es que había que hacer algo.

Miró a Shearer. Éste se levantaba en aquel momento, ofreciendo su mano a Stella para salir a la pista, y Cas sorprendió su leve señal.

—¿Quieres bailar, Rosemary? —preguntó a la muchacha, y agregó más bajo—: Shearer quiere decirme algo.

Los dos jóvenes se confundieron con las parejas que llenaban la pista. Varias veces pasaron junto a Shearer y Stella, sin que Casey diera muestras de conocerlos; pero una de ellas observó la imperceptible seña que le hizo su compañero.

Entonces procuró acercarse más a ellas, y en las apreturas sintió cómo una mano, seguramente la de Stella, se deslizaba en su bolsillo. Estaba deseando que terminase el baile para sentarse a la mesa y examinar la nota que Shearer le enviaba, quizá avisándole de algo; pero parecía que aquella melodía no tenía fin.

Al fin se encendieron de nuevo las luces del salón, coincidiendo con las notas finales del fox, y Cas, llevando a Rosemary de la mano, volvió a su mesa.

Una vez en ella charló despreocupadamente con la muchacha por espacio de un par de minutos, y al fin se decidió a sacar la pitillera y con ella el papel que Stella había deslizado en su bolsillo. Con estudiada lentitud sacó un cigarrillo de la pitillera y se la volvió a meter en el bolsillo, conservando en la mano el papel.

—Deja caer algo al suelo, Rose —murmuró.

Ella comprendió enseguida y empujó con disimulo su bolso, que estaba sobre la mesa. Cas se agachó a recogerlo, y mientras lo hacía desdobló el papel y lo leyó rápidamente:

«Hay un individuo que no te quita el ojo de encima, a la derecha de la orquesta. Estaba en una de las fotos».

Sus precauciones habían resultado justificadas. Hizo una pelotita con la nota y se incorporó de nuevo, con el bolso de Rose en la mano. Luego tornó a examinar a las personas que estaban a su alrededor. Su mirada resbaló como por casualidad sobre el hombre que Shearer le indicaba. Le pareció reconocer sus rasgos, pero no quiso examinarle atentamente para no despertar sus sospechas. Desde luego, no era ninguno de los que le habían atacado; pero lo reconoció enseguida.

Estaba en una de las fotos, al lado del contralmirante, con una máquina fotográfica en la mano.

Notó la mirada del individuo puesta en él; pero no hizo el menor movimiento que denotase que se daba cuenta de la observación de que era objeto. Al fin, el observador se levantó de la mesa y se metió por una pequeña puertecilla que había detrás de él.

El corazón de Casey dio un salto de alegría al comprobar el error del «gangster». Seguramente se había desconcertado al verle allí, o bien creyó que Cas no le reconocería, porque no le había visto; pero el caso es que con su movimiento llevó al cerebro del agente el convencimiento de que había acertado en sus suposiciones y en el Miami podía encontrarse la clave del secuestro del profesor.

Bailó con Rosemary otras dos veces, mientras su atención se dividía entre lo que acababa de ver y la animación de la joven, que se estaba divirtiendo de lo lindo, a pesar de que las preocupaciones que le embargaban no hacían de Casey el acompañante ideal.

Acababan de sentarse de nuevo cuando éste se envaró. Mirando hacia la entrada del salón vio a Anne Marie Drake, que acababa de aparecer en ella, caminando sonriente hacia la mesa que, al parecer, le tenían reservada. La acompañaban dos hombres. Uno de ellos, alto, delgado, representando unos cuarenta y seis años de edad, causó a Cas la impresión de que no era la primera vez que veía su rostro, aunque no podía precisar dónde ni con qué motivo. El otro hombre contaría, a duras penas, veinte años de edad, pero se movía

con un desenfado que demostraba la costumbre que tenía de encontrarse en aquel ambiente.

Miss Drake no le había visto, ni él tenía la intención de presentarle sus respetos. Sin embargo, no hacía más que preguntarse por qué estaría allí. No era el sitio más a propósito para una mujer cuyo padre acababa de ser raptado, aunque las relaciones con el autor de sus días no fueran un modelo de cordialidad.

Un camarero se acercó a la mesa ocupada por *Anne Marie* y sus acompañantes, y permaneció ante la muchacha un buen rato recibiendo órdenes. *Cas* les observaba con el rabillo del ojo y percibió el leve sobresalto de ella. Luego miró hacia donde él se encontraba, y *Cas* desvió la vista inmediatamente.

—*Rosemary* —dijo—. Junto a la puerta está sentada una mujer, acompañada de dos hombres. Acaba de entrar. ¿Te has fijado en ella? Lleva...

—Ya la he visto, *Cas*. Así es que no te molestes en describírmela. ¿La conoces acaso? Lo digo porque viene hacia aquí.

Cas volvió la cabeza.

Efectivamente, *Anne* avanzaba hacia la mesa ocupada por ellos. No era bella, pero todos los hombres se volvían a mirarla, porque de su persona emanaba un magnetismo que atraía la mirada sin querer. Era algo dominante, avasallador, que hizo pensar a *Cas* que aquella mujer podía acarrear la pérdida del hombre más dueño de sí mismo si se empeñaba en someterlo al influjo de su fascinación.

Casey se levantó de su asiento y besó ligeramente el dorso de la mano que ella le tendía. Luego efectuó las presentaciones. Ambas mujeres se midieron con la mirada, y desde el mismo momento comprendieron que chocarían siempre que se encontrasen, porque sus caracteres eran totalmente diferentes. *Anne Marie* era dura como el pedernal. *Casey* estaba seguro de que recibiría con un gesto de fastidio la noticia de que un hombre se había suicidado por ella. *Rosemary* era dulce, femenina, todo corazón; pero la presencia de *Anne* había despertado en ella unos celos tumultuosos al comprender que *Casey* la admiraba.

—¿Cómo está usted, *Casey*? —preguntó *Anne* con evidente familiaridad—. No esperaba encontrarle aquí.

—Menos aún esperaba yo encontrarme con usted —replicó él un poco duramente mientras se sentaba—. No es el sitio más a

propósito para usted... hoy.

—Siempre reprochándome. ¿Es que no podremos ir nunca de acuerdo? —se quejó Anne, mirándole fijamente.

Rosemary sintió deseos de abofetearla al notar aquella mirada, tan violentamente insinuante, que Cas se sintió conmovido hasta en sus más íntimas fibras.

Luego se dijo que en realidad ella no tenía ningún derecho sobre Casey Weining y comenzó a pesarle no haberle aceptado cualquiera de las innumerables veces que él le había declarado su amor.

—La suponía en su hotel... agobiada por la pena y la preocupación —replicó Casey.

—¡Oh, Cas! No sea usted así... Me hice la idea de no salir del hotel, pero no pude resistirlo. Si sigo allí un minuto más me hubiera vuelto loca, así es que vi los cielos abiertos cuando se presentaron mis amigos... Ya sabe usted... Los periodistas de quienes le hablé.

Casey se sintió ligeramente molesto al sentirse tratado con aquella familiaridad para la que él, ciertamente, no había dado pie. Luego, viendo las miradas que algunos hombres clavaban en Anne, su molestia fue decreciendo gradualmente, hasta llegar a convertirse casi en satisfacción.

—No me juzgará usted mal, ¿verdad? —continuó ella—. Póngase en mi lugar... Sola, en una ciudad desconocida para mí... Si al menos hubiera tenido alguna amiga o alguien que me hiciera compañía... Por otra parte, ya sabe usted en qué punto estaban mis relaciones con mi padre...

Se interrumpió de pronto, y por sus ojos pasó un rayo de dureza tan repentino, que Casey siguió la dirección de su mirada, pensando que era lo que le había hecho cambiar de aquella forma.

El hombre que le observaba antes había vuelto a salir y en aquel momento se sentaba de nuevo a su mesa. ¿Sería posible que fuera aquello lo que había motivado el súbito cambio de Anne?

Las luces volvieron a apagarse.

—¿No me invita a bailar? —preguntó Anne—. Ande. Hágalo siquiera sea una vez para que me convenza de que no siente animosidad contra mí.

Casey se levantó, retirando la silla de ella. En el borde de la pista la enlazó por el talle, sintiendo la tumultuosa agitación que el contacto con su cuerpo, caliente y cimbreado, levantaba en su

corazón, y no se apercibió de la mirada burlona en que Anne envolvía a Rosemary.

Bailó con ella sin darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Un instante pasó por su imaginación el pensamiento de que estaba sucumbiendo al hechizo de aquella mujer incomparable, que se movía cadenciosamente en sus brazos al compás de «Dulce Francia»; pero se asombró a sí mismo mandándose al diablo. En realidad, en aquel momento nada le importaba que no tuviera relación con Anne.

La pieza terminó. Casey aplaudió mecánicamente, sin dejar de mirar a Anne, que le sonría, dichosa, al parecer, aunque Cas creyó adivinar en su sonrisa un deje de ironía.

Volvieron a la mesa y Cas a la realidad al ver el rostro terriblemente serio y pálido de Rosemary. Anne se despidió de ellos, y antes de volverse a la mesa donde los dos hombres la esperaban preguntó:

—¿Puedo volver a verle, Cas? Estoy inquieta por mi padre... y me gustaría saber noticias.

—Puede telefonarme cuando quiera —replicó Casey.

Le pareció que aquella voz no le pertenecía a él; tan ronca y desfigurada salió de sus labios.

Cuando se sentó de nuevo frente a Rose, ésta evitó su mirada. Casey puso su mano encima de la de ella, sonriendo.

—¿Qué te pasa, Rosemary? —le preguntó—. ¿Te ha sentado mal la combinación?

Ella le miró enfurecida. Por un momento le pareció a Casey que iba a abofetearle; pero se contuvo y tuvo fuerzas para sonreír irónicamente, mientras remedaba a Anne:

—¿Puedo volver a verle, Cas? —decía—. Te ha sorbido el seso esa mujer, amigo —agregó luego, burlándose de él.

Casey la miró con alegría.

—¡Rose! —exclamó—. Rose, ¿es que tienes celos?

—¿Celos yo? —preguntó ella en tono despectivo—. ¡Bah! Eres el nombre más presumido e insoportable que he visto en mi vida.

—Ya sabía yo que me querías —murmuró él, acentuando la presión de su mano—. Pero ¿por qué demonios me has rechazado siempre?

Ella estaba a punto de echarse a llorar. Casey lo comprendió así

y comenzó a hablar de cosas triviales, aunque su corazón estaba colmado de alegría al descubrir que Rosemary le amaba. ¿Cuál si no ésta podía ser la causa de su furor? Había sentido celos al verle bailar con Anne y al observar la forma en que ésta le miraba. Sí, era aquello. No cabía la menor duda.

La vista de Shearer, que le observaba desde su platea, le volvió a la realidad. Esta vez el aviso le llegó por medio de Stella. La vio avanzar hacia ellos y al llegar a su altura, pareció como si de repente se tambalease, y tuvo que apoyarse en la mesa para no caer.

—¿Se encuentra mal, señorita? —le preguntó Casey, solícito, levantándose de su asiento y acercándose más a ella.

—No, muchas gracias —replicó Stella—. Se me dobló un pie — luego dijo en voz más baja—: Hay otros dos de las fotografías en el salón.

Casey la ayudó a llegar hasta Shearer, que salía a su encuentro con una mueca de alarma en el rostro. Luego volvió a su asiento preocupado. Rosemary, por su parte, no habló ni una palabra. Casey vio la mueca de enfado que dibujaban sus labios, pero no se dio por aludido, entregado a sus meditaciones.

Tenía que hacer algo. Evidentemente, el Miami era un nido de criminales. Tres de los hombres que habían ayudado a secuestrar a *sir* Drake estaban allí, y uno de ellos había abandonado el salón por la puertecilla que daba paso a las habitaciones posteriores del salón con la mayor desenvoltura, lo cual demostraba... Demostraba muchas cosas, según pensó Casey de pronto; entre otras, que el «gang» responsable del secuestro del profesor podía tener su sede en aquel elegante salón de inofensiva apariencia.

De repente sintió la ineludible necesidad de hacer algo y no lo pensó dos veces.

Rosemary le miró sorprendida al verle inclinarse hacia ella, hablándole con rapidez.

—Rose —le dijo—. Hay en el salón tres o cuatro hombres de los que se fingieron periodistas para secuestrar al profesor. Voy a curiosear un poco por ahí. Sé buena chica y no te muevas de aquí. Luego, cuando nos vayamos, ya arreglaremos nuestras diferencias y quedarás contenta de mí. ¿Me lo prometes?

—Te esperaré, Casey —replicó ella con voz apasionada—. Pero ¡por Dios!, no te expongas demasiado.

Él la golpeó suavemente la mano para tranquilizarla, y, levantándose de la silla, se encaminó hacia la salida del salón.



V

A UN PASO DE LA MUERTE



pesar de lo avanzado de la hora, Poydras Street estaba animada cuando Cas salió del Miami. El día había sido extremadamente caluroso y la gente disfrutaba de la fresca brisa nocturna que llegaba del Golfo de Méjico. Casey dio la vuelta al edificio, metiéndose por Magnolia Street hasta llegar a la parte posterior del Miami. Ésta daba a una calle paralela a Poydras Street, mal iluminada y con árboles a ambos lados. Era una calle estrecha, a la cual daban las traseras de los edificios de las calles Poydras y Parrillat, por lo cual se encontraba escasamente concurrida.

Cas miró cautelosamente a su alrededor. Se encontraba ante un

edificio que calculó sería el contiguo al salón. Una alta tapia de ladrillo, rematada por una pequeña verja de hierro, se extendía entre ambos edificios, tentadoramente.

El agente no vaciló. De un salto se asió con ambas manos al borde de la tapia y se izó a fuerza de músculos, hasta poder alcanzar la verja de hierro con la mano izquierda.

Luego salvó la pequeña verja de hierro y saltó al otro lado de la tapia.

Se encontró en una especie de patio de reducidas dimensiones, que, evidentemente, se destinaba a almacenar toda clase de trastos. Había allí unas cuantas cubas, algunos cajones y otros objetos a los cuales Casey no dedicó la menor atención.

En el mismo momento en que él saltaba la tapia, una sombra daba la vuelta a la esquina de la calle, ocultándose detrás del tronco de un árbol, al verle de pie encima del muro. Luego, cuando Cas se tiró dentro del patio, la sombra avanzó cautelosamente hasta colocarse, pegada al muro, donde esperó en actitud expectante. Un minuto después, mientras dentro del patio Cas buscaba la manera de penetrar en el edificio del Miami, otra sombra llegó hasta la primera y, como ella, se situó junto a la tapia. Los dos hombres tenían sus manos hundidas en las profundidades de sus bolsillos y su presencia allí tenía algo de siniestro y repulsivo.

Sin embargo, a pesar de su expectante actitud, tampoco fueron capaces de percibir los furtivos movimientos de otro hombre que había doblado la esquina tras ellos, permaneciendo oculto tras el tronco de un grueso árbol.

Mientras tanto, dentro del patinillo, Cas había descubierto la manera de introducirse en el interior del edificio. Las ventanas correspondientes al sótano eran pequeñas y se abrían al nivel del suelo, pero todas ellas estaban cerradas por dentro. Otras tres ventanas se abrían un poco por encima de su cabeza y dos de ellas estaban entreabiertas.

Sirviéndose de un canalón y del antepecho de una de las ventanas, se encaramó a ésta. Las hojas de madera estaban ligeramente separadas. Cas oteó el interior a través de ellas, pero no pudo ver nada porque la habitación estaba a oscuras. Lentamente empujó una de las hojas, con la mano izquierda, mientras un revólver de cañón cortado aparecía en su derecha.

Cuando se cercioró de que en la habitación no había nadie saltó silenciosamente dentro de ella. Un rayo de luz, procedente de una pequeña linterna que sacó de uno de sus bolsillos, recorrió la habitación en todas direcciones, después de que Casey hubo cerrado cuidadosamente la ventana tras él. La habitación era un dormitorio sencillamente amueblado. Durante unos segundos Cas consideró si merecía la pena registrarlo o no y, al fin, se decidió por avanzar hacia una puerta de corredera que se abría a su derecha.

Cuando la transpuso se encontró en otra estancia, de mayores dimensiones que la primera. La luz de la linterna le reveló que se trataba de un despacho biblioteca. La mesa estaba situada en un rincón de la estancia, junto a la ventana y a su lado se veía un pequeño dossier y una mesita con una máquina de escribir. Las paredes estaban cubiertas de estantes llenos de libros. Era un despacho tranquilo y acogedor, como correspondía a un salón de la categoría del Miami.

Alumbróse con la linterna, Cas comenzó un registro sistemático del mismo. Los cajones de la mesa no fueron obstáculo para su llave maestra y lo mismo ocurrió con el dossier, pero no pudo encontrar nada que justificase sus sospechas.

Paseó la luz de la linterna por las paredes recorriendo los estantes llenos de libros, sin encontrar nada sospechoso y ya estaba pensando en la conveniencia de salir al pasillo que debía haber al otro lado de la puerta, cuando oyó el rumor de conversación, que se acercaba. Luego alguien se detuvo delante de la puerta y el pestillo se movió.

Casey tuvo el tiempo justo para saltar detrás de los gruesos cortinones de terciopelo rojo que cubrían la ventana, antes de que la estancia se inundase de luz. Su campo visual quedó limitado a un pequeño trozo del despacho y no se atrevió a mover la cortina, detrás de la cual se ocultaba, para no denunciar su presencia.

Un hombre se interpuso en su campo visual. Casey ahogó una exclamación de alegría y sorpresa al verle. Era Gashface, el individuo de la cara cortada que respondía al nombre de Henry Caussman. El otro hombre que había llegado con él no podía verlo, porque permanecía oculto a su mirada, probablemente sentado en uno de los sillones.

—¿Hubo dificultades, Henry? —preguntó el otro hombre.

Tenía, una voz característica, sumamente ronca, como si tuviera una afección a la laringe que no le permitiese pronunciar las palabras con claridad.

—Ninguna —replicó Gashface—. Es decir —rectificó—, la Policía se presentó allí cuando ya nos marchábamos. Como de costumbre llegó tarde —prosiguió al mismo tiempo que encendía un cigarrillo.

Permanecía de pie ante el otro, a quien Casey no podía ver. Aquél, preguntó:

—Entonces ¿conseguisteis esos clichés?

El corazón de Casey dio un salto en su pecho. Sus sospechas habían resultado ciertas y la Policía había llegado tarde. Los pistoleros habían andado más listos y habían conseguido apoderarse de los clichés de las fotos sacadas en el aeropuerto por los fotógrafos de la Agencia Rapid.

—Sí —replicó Gashface—. Los dejé en el despacho de Paula.

Casey tomó nota mentalmente de este nombre. Lo que menos podía sospechar es que en aquel enredo estuviera metida una mujer.

De pronto los ojos de Gashface se fijaron en algo. Casey se dio cuenta del cambio que experimentó su rostro durante un segundo, pero no supo a qué achacarlo. Luego volvió a tornarse en la máscara impenetrable que era de costumbre.

Su interlocutor fue a preguntarle algo, pero Gashface le contuvo con un gesto, y dijo:

—Bueno... Me gustaría irme a bailar un rato.

Echó a andar hacia la puerta, saliéndose del campo visual de Casey. Su interlocutor fue a protestar, pero Gashface le cogió de un brazo y lo arrastró hacia la puerta, mientras le hacía un gesto con los ojos, señalándole lo que había atraído su atención momentos antes.

Los pies de Casey sobresalían por debajo de la cortina que lo ocultaba. El agente no se había dado cuenta de ello, ni tampoco de que Gashface lo había advertido.

Sintió cómo abrían la puerta.

—Sal —dijo la voz de Gashface—. Yo apagaré la luz.

El despacho quedó nuevamente a oscuras. Casey esperó aún durante unos minutos antes de salir de su escondite. Al fin lo hizo. Durante unos segundos permaneció inmóvil junto a la cortina. Todo

estaba en silencio, pero una especie de sexto sentido le avisaba de algún peligro próximo.

Al fin desechó la advertencia de su subconsciente y avanzó hacia la puerta pintada de blanco que daba al pasillo, por debajo de la cual se filtraba una línea de luz.

De pronto sintió que algo duro se apoyaba en sus riñones, al mismo tiempo que una voz cortante y siniestra la advertía:

—No se mueva, amigo. Queremos verle la cara.

La luz se encendió de pronto. Gashface estaba a su lado, manteniendo su pistola amenazadoramente apoyada en un costado de Casey. Juntó a la puerta, el otro hombre que estaba con él, tenía aún cerca de la llave de la luz, la mano derecha con la cual la había encendido.

—Vaya, pero ¡si es nuestro amigo de la carretera! —dijo Gashface con irónico tono, situándose ante Casey.

—Hola, Caussman —saludó éste—. ¿Qué tal lo pasaste en Illinois?

Por las palabras de Casey, Gashface se dio cuenta de que había descubierto su identidad, pero se encogió de hombros. Esta vez no tendría miramientos de ninguna clase.

El otro hombre se acercó a ellos.

—¿Quién es? —preguntó.

—Uno de la «bofia» —replicó Gashface con desprecio—. Le cogimos en la carretera, pero por lo visto no ha escarmentado. ¿Cómo llegaste aquí?

—Por la ventana —replicó Casey sonriendo.

—No es eso lo que quiero saber. Tú sabes bien a lo que me refiero.

Pero Casey no tenía la menor intención de ilustrarle sobre aquel punto. Su cerebro trabajaba a velocidad de vértigo. Estaba en peligro, bien lo sabía. Tan cierto como que era de noche que la muerte se cernía sobre él y le echaría la garra, a menos que Shearer se hubiera dado cuenta de su ausencia y le diera por hacer algunas pesquisas.

Ahora se le aparecían claras muchas cosas.

El hombre que estaba al lado de Gashface era el mismo que un momento antes había visto en el salón, acompañando a Anne Marie Drake. ¡Santo Dios! ¿Serla posible que ella...? Sin embargo,

inmediatamente rechazó la idea. Era una tontería pensar que la muchacha estuviese complicada en el secuestro de su propio padre. Seguramente aquel hombre era un amigo o conocido suyo que se hacía pasar ante ella por periodista.

De pronto lo reconoció. Cuando lo vio entrar con Anne en el salón tuvo la vaga idea de que aquel rostro no le era desconocido, de que él lo había visto antes en alguna parte. Su pelo era castaño, y no tenía bigote, pero Casey se esforzó por imaginárselo con una peluca de pelo negro, un pequeño bigote y el uniforme de contralmirante de la Armada. Sí, no tenía la menor duda. Aquél era el hombre que había suplantado al contralmirante Pearce en el acto del recibimiento del profesor Drake.

Pero... ¿Y Anne? ¿Tendría algo que ver en todo aquello?... Su corazón se rebelaba contra tal suposición, y sin embargo...

La voz de Gashface le sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué hacemos con él? —preguntaba.

—Debe morir —replicó el otro hombre—. Es un estorbo para nuestros planes.

—Gracias, contralmirante. Es usted un hombre sumamente amable —replicó Casey con ironía.

El rostro del hombre se tornó ceniciento al oír aquellas palabras.

—Ahora más que nunca debe morir —silbó—. Encárgate de él, Gashface. Yo vuelvo al salón. Sácalo por la puerta del patio. Allí te encontrarás a Wharol y a Allen. Ellos pueden ayudarte, le estaban vigilando desde que abandonó el salón.

—Andando, amigo —dijo Gashface, empujando a Casey delante de él.

Salieron al pasillo, bien iluminado. Gashface le obligó a torcer hacia la izquierda hasta llegar a una puerta que había al extremo del mismo. La abrió con una llave que sacó del bolsillo y ambos se encontraron en el patinillo adonde Casey había saltado momentos antes.

Los dos hombres bajaron los cuatro escalones que había delante de la puerta y Gashface empujó a su prisionero hacia la pequeña puerta que se veía en el muro, haciendo girar la llave, que estaba en la cerradura.

Un hombre, que se ocultaba en la sombra, corrió hacia ellos apenas los vio aparecer. Llevaba una pistola en la mano.

—¿Eres tú, Wharol? —preguntó Gashface.

—No, soy Allen —replicó el otro—. Wharol ha ido a avisar a Paula de que este tipo se había colado dentro. Le cogiste, ¿eh?

—Ya lo ves —replicó Gashface—. Anda, ve a buscar un coche. De paso tráete a Wharol y dile a Paula que por éste no se preocupe.

Allen fue a cumplir la orden, entrando en el patio. Gashface obligó a Casey a entrar también y allí le hizo pegarse a la pared y levantar los brazos, mientras acentuaba la presión de su revólver en la espalda del agente.

—¿Quién es Paula? —preguntó Casey.

Gashface sonrió silenciosamente.

—Idiota —replicó—. ¿Crees que te lo voy a decir?

Casey estuvo a punto de preguntarle si era la misma que se hacía pasar por hija del profesor Drake, pero se contuvo. No quería dejar traslucir las sospechas que cada vez tomaban más cuerpo en su cerebro.

Tampoco dijo que había visto en el salón, acompañado de Anne al hombre que usurpó el lugar del contralmirante. ¿Para qué? Si salía con vida de aquel trance en que se encontraba estos datos le serían de gran utilidad para volver a coger el hilo de las pesquisas y si moría... bueno entonces todo le importaba un centavo.

Por un momento pensó en revolverse contra Gashface, pero, conociendo su corpulencia, dudaba de que pudiera dominarle antes que regresasen sus compinches, y en este caso ya podía despedirse allí mismo del mundo de los vivos.

Como respondiendo a sus ideas, se oyó delante de la puerta de hierro del muro el chirriar de los frenos de un automóvil y enseguida se abrió la puerta.

—Gashface, ¿estás ahí? —preguntó un hombre que había aparecido en ella.

Aquél empujó a Casey hacia la puerta y los tres salieron a la calle. Otro hombre estaba sentado al volante. Allen abrió la puerta y Gashface empujó a Casey hacia ella, pero en aquel momento un infernal tiroteo comenzó a sonar a pocas yardas de ellos.

Alguien disparaba sobre el grupo desde detrás de un corpulento árbol.

Cuando Casey abandonó el salón, Shearer permaneció un buen rato dudando si seguirle o no. Algo le decidió a hacerlo. Dos de los

hombres que vigilaban a Casey salieron tras él, y Shearer pensó que su amigo iba a verse metido antes de mucho en un compromiso mayúsculo.

—Estos individuos van detrás de Casey —dijo a Stella—. Voy a vigilarlos. Procura no perder de vista todo esto. Creo que debes acercarte a esa muchacha con quién estaba Casey y contarle lo que ocurre. Es de confianza. La he visto otras veces con él.

—Está bien. Vete tranquilo.

—¿Has traído pistola?

—Sí. La tengo en el bolso.

—Estupendo. Obra como mejor te parezca. Si lo crees oportuno, llama a Jefatura. Sidney está allí esperando la llamada.

—Buena suerte —replicó Stella.

Apenas Shearer se perdió de vista, Stella se dirigió a la mesa ocupada por Rosemary y se sentó a su lado. Rose le dirigió una sonrisa, y Stella comenzó a hablar en voz baja.

—¿Sabe dónde ha ido Casey? —le preguntó.

Rosemary la miró. Sabía que podía confiar en ella, porque Casey se lo había dicho.

—Me dijo que tenía la sospecha de que este club era un nido de criminales —dijo en voz baja—. Fue a ver si podía descubrir algo. ¿Por qué?

—Dos hombres que estaban en el salón han salido de tras de él —le confió Stella y Rosemary la miró angustiada. El pensamiento de que Cas se encontraba en un terrible peligro la llenó de zozobra. Momentos antes se había dado cuenta de que le quería. Cuando le vio bailando con aquella llamativa y seductora mujer sintió que unos celos locos le corroían el corazón. Ahora que Stella le anunciaba que Cas podía morir aquella misma noche a pocos pasos de ella, se daba cuenta de la grandeza de su amor por él.

—No se preocupe más de lo necesario —la animó Stella—. Casey sabe salir muy bien de apuros, y además Shearer ha ido tras él por si es necesario echarle una mano.

Aquellas palabras devolvieron a Rosemary parte de su tranquilidad.

El tiempo transcurría. Volvió sus ojos a la mesa ocupada por Anne y vio que el hombre de más edad de los dos que la acompañaban, se levantaba de la mesa, desapareciendo en los

lavabos. Tardó bastante tiempo en salir, y, cuando lo hizo, su cara reflejaba gran satisfacción.

Los minutos pasaban lentos, agobiadores. A una pieza de baile se sucedía otra y otra, pero las dos muchachas se consumían de impaciencia, sin dirigirse apenas la palabra.

—¿Quiere que salgamos un poco? —preguntó Stella interpretando el sentir de ambas.

—Sí, vamos —replicó Rosemary enseguida.

Las dos tenían el mismo pensamiento. Quizá pudieran ser de alguna utilidad si Casey y Shearer tenían que luchar.

En la puerta les dieron una contraseña para que pudieran pasar cuando regresasen y ambas se encontraron en la calle.

Shearer, mientras tanto, había seguido a Wharol y Allen cuando éstos abandonaron el salón detrás de Casey. Uno de ellos tiró por la derecha y el otro por la izquierda. Shearer permaneció un momento indeciso y luego siguió detrás de Allen. Le vio dar la vuelta a la manzana hasta desembocar en la oscura calle a la cual daba la pared posterior del Miami, y una vez allí, avanzar cautelosamente hacia una pared de ladrillo rojo que Shearer estaba seguro de que correspondía a la trasera del salón.

Mirando más allá del «gangster», Shearer percibió en un punto en que la escasa luz de la calle no acababa de penetrar las tinieblas de la noche, otro bulto que, pegado también a la pared, se acercaba al primero y pensó que sería el otro hombre que había salido del salón en seguimiento de Casey.

Pasaron varios minutos. Los dos hombres a quienes Shearer vigilaba, escondido tras el tronco de un árbol, a pocas yardas de ellos, seguían en su actitud expectante y el joven agente se preguntó qué iría a ocurrir. De una cosa estaba seguro, y era que a aquellas horas Casey estaba dentro del edificio, corriendo un riesgo terrible.

Uno de los hombres, abandonó su puesto y volvió al salón. Pasó a una yarda de Shearer y éste tuvo que aplastarse contra el tronco del árbol, mientras empuñaba nerviosamente su pistola.

El otro continuó vigilando. Los minutos se le hacían siglos a Shearer. Estuvo tentado de lanzarse sobre aquel individuo y obligarle a cantar, pero algo le decía que era mejor esperar... y, al fin, su paciencia se vio recompensada.

La pequeña puerta de hierro que había en el muro se abrió

silenciosamente y dos hombres aparecieron en la calle. El que iba delante, llevaba los brazos levantados y a Shearer, le dio un vuelco el corazón al comprobar que Casey había sido capturado. El hombre que vigilaba en la calle se acercó a los otros, cambió con ellos unas palabras y luego, los tres penetraron de nuevo en el patio.

Shearer se aproximó a la puerta empujándola cautelosamente, pero debían de haberla cerrado con llave desde dentro, porque resistió a sus esfuerzos y no insistió.

¿Qué irían a hacer con Casey? Le dieron ganas de saltar el muro para averiguarlo, pero algo le contuvo, y decidió seguir esperando. Si querían llevarse a Casey de allí para eliminarlo, seguramente no se atreverían a sacarlo por la puerta principal del salón y tendrían que hacerlo por aquélla, a menos que hubiera otra salida.

Un rumor llegó a sus oídos procedente de un extremo de la corta calle. El resplandor de los faros le hizo adivinar que un coche penetraba en ella, antes de que éste diera la vuelta a la esquina.

Shearer, se escondió detrás de un árbol, a menos de cinco yardas de la puerta. El coche apareció en la esquina de la calle, y se detuvo ante ésta con un gruñido de sus frenos.

Un hombre saltó de él, abrió la puerta con la llave que sacó del bolsillo y preguntó:

—Gashface, ¿estás ahí?

Dos hombres salieron del patio. Shearer reconoció a Casey en el primero de ellos. El que iba detrás le empujaba hacia el coche.

Pensaban llevárselo en él. Lo sacarían a las afueras de la ciudad y allí...

Shearer se estremeció. Tenía que actuar rápidamente. Si dejaba que Casey subiera en el coche, estaba perdido. Lo que tuviera que hacer tendría que hacerlo antes.

Él no estaba muy ducho en aquellos lances, porque era el primero por el que atravesaba, pero las enseñanzas que le habían dado en Quantico no habían caído en saco roto, cómo iba a demostrarlo.

Eran tres hombres contra él, tres criminales de la peor especie que no vacilarían en matarlos a Casey y a él, en cuanto notasen la menor señal de que se disponía a ayudar a su compañero.

Sería estúpido querer luchar noblemente con ellos o perder la ventaja de la sorpresa a causa de falsos escrúpulos de conciencia.

Shearer empuñó firmemente su pistola, apuntó a Gashface y disparó rápidamente. Luego, casi sin apuntar, lanzó sobre los otros dos forajidos una lluvia de balas.

Había escogido bien el momento, porque Casey, que en aquel momento se inclinaba para entrar en el coche, quedaba a cubierto de los disparos por la portezuela abierta que protegía su cuerpo, mientras Gashface y Allen, presentaban un blanco tentador.

VI



ASHFACE cayó al suelo, mortalmente herido por el primer disparo de Shearer. En cuanto el disparo resonó como un trallazo en la oscura calle, Casey se dio cuenta de su significado. ¡Bravo por Shearer! Había decidido intervenir y no se andaba por las ramas.

Los cinco disparos siguientes que salieron del arma de su compañero, encontraron a Casey tendido en el suelo, junto al automóvil, con la pistola que empuñaba el moribundo Gashface, en su mano.

Allen miró sorprendido al hombre que avanzaba sobre él como una tromba, disparando sin cesar. Sintió la mordedura del plomo al rojo en una de sus piernas, pero aun así se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, intentando replicar al fuego de Shearer, pero Cas,

que vio su nervioso movimiento, se incorporó junto a él, y disparó a quemarropa sobre el forajido.

Éste dio media vuelta sobre sí mismo, llevándose ambas manos al pecho y cayó junto a Gashface.

Wharol, que era el que empuñaba el volante, salió del coche al oír los disparos y dio la vuelta al mismo, dispuesto a intervenir, pero al ver el espectáculo que tenía delante, el pánico se apoderó de él, y echó a correr hacia la entrada de la calle, perdiéndose en la oscuridad.

Sin embargo, no anduvo muchos pasos. Un disparo resonó delante de él. Wharol miró asombrado a Stella y lanzó una soez maldición antes de caer al suelo malherido.

Casey y Shearer llegaron corriendo junto a él, para encontrarse a Stella, que miraba el cuerpo del forajido, tendido en el suelo, mientras empuñaba aún en su mano derecha la pequeña pistola del 7,65 que había sacado de su bolso.

—Stella —exclamó Shearer—, ¿has sido tú quién ha disparado?

—Sí —replicó ella—. Rose y yo salimos del salón detrás de vosotros y al llegar a la bocacalle oímos los tiros. Pensé que si alguien escapaba tendría que pasar delante de mí.

—Bravo, Stella —la felicitó Casey—. ¿Y Rose? ¿Dónde la dejaste?

—Telefoneando a Sidney. No tardará ni cinco minutos en presentarse aquí —replicó Stella excitada—. Cuando oí los primeros disparos pensé que las sospechas de Casey eran ciertas y que querríais evitar que nadie salga del salón, y por eso mandé a Rose que llamase a Sid, mientras yo cerraba la salida de la calle. ¿He hecho bien?

—No podías haberlo hecho mejor —reconoció Casey—. Si no estuviera enamorado de Rose, ahora mismo me declaraba a ti.

—No te preocupes, Cas, que eso corre de mi cuenta —replicó Shearer muy serio—. ¿Qué hacemos ahora?

—Esperar a que llegue Sid. Pero debemos evitar que nadie salga del salón, ¿comprendes? Yo vigilaré la puerta de delante y tú la de atrás. De paso procura evitar que esos dos que dejamos allí puedan escaparse.

—Muy bien, Casey —replicó Shearer al tiempo de salir corriendo hacia la puerta del patio.

—Y yo, ¿qué puedo hacer? —preguntó la muchacha.

—Bueno... vete con él si quieres.

Stella se perdió en la oscuridad de la calle y en aquel momento Rose apareció junto a Casey. En pocas palabras le refirió éste lo ocurrido, y después dijo:

—Yo voy a entrar otra vez en el salón.

—¡Oh, Casey, no lo hagas! —suplicó Rose—. Si te ven entrar comprenderán que los hombres que enviaron para matarte han fracasado y no habrá poder humano que te libre de la muerte dentro de su cubil.

—Aun así debo entrar, Rose. Quizá a estas horas sepan que sus hombres han fracasado; pero, aunque no sea así, debo vigilarlos con objeto de evitar que huyan cuando la Policía penetre en el local.

Rose vio que estaba decidido a hacerlo, y dijo con firmeza:

—Está bien. Yo iré contigo.

Ambos penetraron otra vez en el salón. La animación dentro de él, era extraordinaria y nadie parecía haberse percatado de lo que había ocurrido fuera.

Casey, buscó con la vista al hombre a quien había visto con Gashface, y que había decretado su sentencia de muerte. Seguía sentado a la mesa de Anne, con ella y el otro hombre más joven. Su rostro se tornó pálido como el de un muerto, cuando vio la mirada de Casey fija en él.

Sin embargo, permaneció sereno y la mano que sostenía el vaso de licor que se llevó a los labios, no tembló lo más mínimo.

Anne también había visto a Casey, pero era una mujer fría y dueña en absoluto de sus nervios, y pudo sonreír al agente con buen éxito.

Sin embargo, inmediatamente se inclinó sobre el otro hombre y, a la vez que le sonreía, como si estuviera hablando con él de agradables cosas, murmuró con voz sibilante:

—¡Estúpido! Otra vez le habéis dejado escapar. Sois un hatajo de ineptos que no servís para nada. ¿Por qué no habré nacido yo hombre?

—No te pongas así, Paula —replicó el hombre—, algo ha debido ocurrir para que haya conseguido escapar de Gashface.

—Si no me dices más que eso... —replicó ella con ironía—. ¿Te das cuenta de lo que significa que ese agente esté de nuevo en el

salón, Martin? A estas horas habrá avisado a la Policía, ¿cuánto crees que tardarán en presentarse aquí dos docenas de agentes?

—Pero ¡eso echará a rodar nuestros planes! —replicó Martin Auvrey con voz ronca.

Paula Decker, la falsa hija del profesor Drake, le miró con desprecio.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? Aprende de Casey. Ése sí que es un hombre. Tres para él y los ha derrotado —sus ojos tenían un brillo demoníaco, que parecía querer pulverizar a Martin—. Y todo lo que se te ocurre decir es que eso echará a rodar nuestros planes... Ganas me dan de dejaros en la estacada. No sois más que unos imbéciles.

Martin intentó protestar, pero la voz alterada del otro hombre más joven le contuvo.

—Mi hermana tiene razón. Si sois capaces de dejar que se os escape un hombre, ¿para qué servís entonces?

Martin Auvrey estaba abrumado entre las acusaciones de ambos hermanos. La devoción con que miraba a Paula Decker, desapareció por un momento de su rostro y pareció que iba a replicar violentamente a sus acusaciones, pero no pudo hacerlo. Aquella mujer le atraía, le dominaba. A su lado, se sentía como un guiñapo y hubiera hecho cuánto ella hubiera querido.

—Llama al camarero, Lex —ordenó Paula, y su hermano obedeció la orden.

El rollizo camarero que servía aquella mesa, se acercó a ellos. Cas, que observaba a Martin Auvrey con el mayor interés, no dejó de percibir la ansiedad con que éste le hablaba, mientras Paula parecía gozar de lo lindo, con el espectáculo del salón, repleto de gente.

—Garret —decía Martin, transmitiéndole las instrucciones de Paula—. Di a los muchachos que estén preparados, y que en cuanto vean la señal, se ausenten del salón por la puerta de los lavabos, ¿entendido?

El camarero asintió gravemente, mientras fingía tomar nota de un imaginario pedido y replicó:

—Enseguida será usted servido, señor.

Había en el salón tres o cuatro hombres más de la cuadrilla. Casey vio cómo dos camareros se acercaban disimuladamente a

ellos y tuvo la alarmante sospecha de que no tardaría en ocurrir algo.

—Rose —dijo a su acompañante—. Algo va a ocurrir, aunque no sé exactamente el qué. Sal y dile a Shearer que venga enseguida. Ya sabes dónde encontrarle.

Rose abandonó el salón, y Casey lanzó un suspiro de alivio. En realidad, no pretendía otra cosa más que Rose saliera del salón, porque no quería exponerla a ningún peligro.

De pronto, las luces se apagaron y se encendieron rápidamente. Casey observó cómo algunos hombres, precisamente aquéllos a quienes se habían dirigido los camareros, y que él sabía muy bien quiénes eran, por haberlos visto en las fotografías hechas en el aeropuerto, se levantaban de sus asientos disimuladamente, convergiendo hacia un lugar que Casey calculó que sería la puerta de los lavabos.

Estaban ya cerca de ella cuando, de pronto, las luces se apagaron. La concurrencia dejó de bailar, sorprendida, pero las luces tardaron aún un buen rato en encenderse de nuevo, y cuando lo hicieron, Casey no se sorprendió lo más mínimo al comprobar que Paula se hallaba sola en su mesa, y que los hombres que estaban con ella habían desaparecido.

Poniéndose en pie de un salto, avanzó hacia la puerta de los lavabos, pero la voz de Paula Decker le detuvo cuando pasó a su lado.

—¿Dónde va usted, Casey?

—Oiga: ¿qué ha sido de sus amigos? Estaban con usted cuando se apagó la luz —replicó él, sin la menor delicadeza.

—Eso mismo me estaba preguntando yo —replicó Paula, sonriendo—. No me gustan las cosas que ocurren aquí. ¿Dónde pueden estar?

—Me parece que se lo podré decir dentro de unos segundos —replicó Casey, continuando su marcha.

Penetró en los lavabos pistola en mano. El negro encargado de su limpieza estaba allí, y Casey le agarró brutalmente por las solapas de su blanca chaquetilla.

—Oye, moreno, acaban de entrar aquí cuatro o seis hombres. Ahora mismo me vas a decir dónde están.

—No he visto a nadie; se lo juro, señor —replicó el negro.

Casey le empujó violentamente hacia un rincón. Luego se dirigió hacia el tocador de hombres. Era una vasta estancia con varios lavabos adosados a las paredes. En uno de los testers abrían las puertas de media docena de «waters». Eran pequeños apartados que contenían solamente el inodoro y un lavabo. No había en ellos nada sospechoso, pero la puerta del último resistió todos los esfuerzos que Casey hizo por abrirla.

Iba a lanzarse sobre ella cuando de la calle llegó a sus oídos el rumor de las sirenas de los coches de la Policía, que se acercaban rápidamente al salón, y volvió a este de nuevo. El negro de los lavabos había desaparecido, pero Casey no le dio importancia.

Cuando llegó al salón, Sidney penetraba en él al frente de varios hombres, con los cuales había entrado también Shearer, acompañado de Stella y Rosemary.

—¡Hola, Sid! —saludó Casey—. Que nadie salga de aquí hasta que nosotros volvamos. Vamos, venid conmigo vosotros dos.

Volvió a los lavabos con Sid y Shearer detrás de él. Las dos muchachas les acompañaron también, seguidas por la mirada de curiosidad de los asistentes al salón, mientras los policías tomaban todas las puertas y salidas del mismo.

Apenas Casey penetró en los lavabos, seguido por sus compañeros, se encaminó hacia la puerta del último departamento.

—O mucho me equivoco, o se han marchado por aquí —dijo, y no esperó la contestación de los que se reunían a su alrededor.

Con la pistola que llevaba en la mano descargó tres proyectiles contra la cerradura, que saltó hecha añicos, al mismo tiempo que la puerta se abría.

Ante ellos tenían una corta escalera. Casey se precipitó hacia abajo. El corredor estaba débilmente iluminado por una sola bombilla, colocada en su centro, y no se abría a él puerta alguna.

Los tres hombres lo recorrieron velozmente, después de que Shearer sugirió a las dos muchachas, sin el menor resultado, que se quedasen en el salón.

Aquello estaba resultando demasiado fascinante para no seguir presenciando lo que ocurría.

Al final del corredor había un recodo en cuyo fondo se veía otra puerta, cerrada, igual que la anterior. Esta vez fue Sidney quien descargó su pistola contra la cerradura y los cinco se lanzaron en

tromba a través de la puerta, sin tomar la menor precaución.

A decir verdad, Casey esperaba ser recibido por una lluvia de balas, pero no ocurrió nada de eso, sino que se encontraron en un hermoso despacho solitario.

—O mucho me equivoco, o ésta es la casa de al lado del salón —dijo Casey, y se asomó a la ventana para cerciorarse—. He acertado —agregó, retirándose al Interior—. ¿Dónde se habrán metido?

Respondiendo a su pregunta, de alguna parte surgió el rítmico ronroneo de un motor al ser puesto en marcha.

—¡Se nos escapan! —exclamó Sid, saliendo de la estancia, seguido por los demás. El ruido se hizo entonces más distinto. Parecía venir de fuera del edificio, y Casey comprendió.

—Ese coche está en el jardín —exclamó, al recordar que aquella casa hacía esquina a la calle Bertrand por intermedio de un pequeño jardín adosado al edificio.

Perdieron un tiempo precioso en llegar hasta él, y cuando lo hicieron, un gran automóvil negro transponía la puerta. Los tres hombres y Stella dispararon repetidas veces sobre el coche, pero no pudieron interrumpir su avance.

El conductor maniobró diestramente, y el vehículo enfiló la calle Bertrand a una velocidad suicida. Era inútil correr hacia la puerta del Miami para intentar la persecución en uno de los coches de la Policía estacionados ante ella, porque antes de que el automóvil hubiera podido arrancar, el «Studebaker» negro se habría perdido entre el tráfico de Canal Street.

Sin embargo, Sid corrió hacia allí. Un minuto después estaba colgado de un teléfono de la Policía, empujado en la pared, y no habían transcurrido diez segundos desde su llamada cuando la radio de la Policía lanzaba su aviso a los cuatro vientos.

«Atención, atención: Vigilen coche “Studebaker”, negro, modelo 1949, con cuatro o cinco hombres dentro. Se dirige, probablemente, hacia la carretera de los diques. Deténganlo si es posible».

Mientras Sid comunicaba con la Jefatura de Policía, Casey y Shearer penetraban de nuevo en el salón. La primera persona a quien se encontraron fue al teniente Mason, que continuaba ejerciendo en el salón la más estricta vigilancia al frente de sus hombres.

Pasado el primer momento de sorpresa, se habían reanudado las

conversaciones, pero ya nadie sentía deseos de bailar, y todos los asistentes se dedicaban a comentar lo sucedido.

—¡Hola, Mason! —saludó Casey—. ¿Alguna novedad?

—Sí y no, Cas —replicó el teniente—. Algunos camareros intentaron huir, pero no les dejamos.

—Está bien. Detenga usted a todos los camareros, porteros y empleados del salón. Los demás pueden marcharse, pero tenga cuidado no se deslice alguno entre los clientes.

Entre una doble fila de agentes uniformados, los clientes fueron saliendo de dos en dos, después de ser comprobada su personalidad. Esto llevó un buen rato, y mientras tanto, llegaron dos furgonetas para trasladar a los detenidos a los calabozos de la Jefatura de Policía.

Paula Decker se acercó a Casey, tan seductora y dominante como siempre. Aquella mujer no podía pasar inadvertida. Tanto en un entierro como en una boda, acapararía siempre la atención de los asistentes, robándosela al difunto o a la novia.

—Buen golpe, agente —dijo, con jovialidad—. ¿Tiene relación con lo de mi padre?

—Claro que sí, Anne —replicó él, haciendo caso omiso del fruncido ceño de Rosemary Henson, que estaba a su lado—. El Miami era el cuartel general de los que le secuestraron, pero voy a interrogarlos, y me consideraré un asno si no consigo sacarles algo.

—Le deseo la mejor suerte —replicó ella—. ¿Puedo verle mañana? Quisiera que me diera algunas noticias.

—Telefonéeme a mi casa —replicó Casey—. El teléfono está en la guía.

—Hasta mañana, entonces —se despidió ella, estrechando la mano que Casey le tendía.

Shearer había enviado a dos agentes en busca de Gashface y de Allen y Wharol. El primero había muerto, pero los otros dos fueron llevados junto a la puerta principal del salón, donde en aquel momento eran recogidos por una ambulancia.

Paula Decker pasó ante ellos, lanzándoles una mirada indiferente.

—¿Quiénes son? —preguntó a Casey, que aún estaba cerca de ella.

—Dos de los «gangsters» que hicieron lo de su padre —replicó él

—. No merece la pena interesarse por ellos.



VII

SE ACLARA EL HORIZONTE



AULA se alejó de aquellos lugares con lentitud estudiada. Debajo de su máscara de indiferencia rugía un volcán de ira. Casey había ganado las primeras bazas de la partida. De un solo golpe se había apoderado de la mitad de los miembros de su bien organizada cuadrilla. Suerte que Martin y su hermano habían podido huir. Mientras tomaba el «taxi» que la iba a conducir al hotel Comercial, pensó que, ahora más que nunca, era preciso estar en contacto con Casey para enterarse de las informaciones que éste consiguiera de sus hombres.

Si alguno de ellos hablaba y denunciaba a Casey el lugar donde tenían al profesor, intentando por todos los medios arrancarle su secreto, todo estaría perdido. Afortunadamente, no sospechaban de ella, o al menos así lo parecía, y debía estar en buenas relaciones con Casey para ordenar el traslado inmediato del prisionero, si el agente conseguía enterarse del lugar donde Drake se encontraba.

Todo, menos dejar aquel asunto, a la altura que habían llegado. Drake estaba a punto de confesar. Su cuerpo y su alma ya no podrían resistir mucho, y en cuanto consiguieran de él los planos del aparato que había inventado, los vendería al mejor postor. Sabía que había tres o cuatro embajadas interesadas en conseguirlo, que le darían por ellos lo que pidiera. Todo, claro está, después de haber eliminado al profesor.

¡Su hija! ¡Con qué facilidad les había engañado! Claro está que aquel imbécil de Allen por poco lo echa todo a rodar. Y luego, Martin. ¿Lo habría reconocido Casey? Tenía que andar con pies de plomo, pues si el agente había reconocido en él al falso contralmirante y se le ocurría relacionarlo con ella, cosa muy fácil porque la había visto en su compañía, las cosas se pondrían muy feas. Afortunadamente, no tenían pruebas contra ella, y aquella audacia suya, permaneciendo en el salón después de la partida de Martin y su hermano, debía de haber despistado un poco a la Policía.

«¿Por qué se me habrá ocurrido pisar esta noche el Miami?», se preguntó.

Pero ¿quién iba a imaginar que Casey Weining estaría allí? ¿Cómo se habría enterado? ¿O tal vez era una casualidad su presencia en el salón? Fuera como fuese, ya no podrían utilizar éste, y urgía, además, arrancarle a *sir* Drake el secreto de su invento. Todo, menos dejar el asunto. Había que seguir adelante, adelante, no renunciar a un millón de dólares en la primera dificultad que surgía en su camino.

¡Casey Weining! El nombre no se le iba de la imaginación. Aquél era un hombre: audaz, inteligente, valeroso. Si ella hubiera tenido un admirador como él, en lugar de aquel estúpido Martin Auvrey, siempre con sus dudas y vacilaciones, habrían conquistado el mundo, luchando juntos.

Era, aunque no quería confesárselo, el primer hombre que había

llegado a su corazón y el primero también a quien, temía.

Se tranquilizó al repetirse que, afortunadamente, no debían sospechar su identidad, y que ya estaría ella al tanto para desaparecer de la escena en cuanto notase el menor síntoma de desconfianza hacia ella por parte de Casey.

En estas reflexiones, el «taxi» que la conducía llegó a la puerta del hotel Comercial. Paula Decker se apeó del vehículo, pagó el importe de la carrera y entró en el vestíbulo.

Evidentemente, era una mujer inteligente, aunque su cerebro estuviera al servicio del mal. Había sabido aprovechar la fascinación que ejercía sobre Martin Auvrey para inducirle a que la ayudase en sus planes, cediéndoles el salón como lugar de reunión, e incluso obligándole a actuar en los golpes que planeaban, pero en esta ocasión, Paula se pasó de lista al menospreciar la Inteligencia y sagacidad de los hombres del

F. B. I.

Si se hubiera molestado en mirar hacia atrás por la ventanilla del coche, podría haber visto un «taxi» que seguía muy de cerca al suyo, con Lyn Shearer por único ocupante.

Lyn ordenó parar al chofer una manzana más abajo del Hotel Comercial, y llegó a la puerta de éste, andando, en el mismo momento que Paula entraba en el ascensor.

Shearer se dirigió al «comptoir» y preguntó al conserje:

—¿Se hospeda aquí *miss* Anne Marie Drake?

El empleado revisó sus libros, y replicó:

—Sí, señor. Ocupa la habitación número cuatrocientos cincuenta y seis, en el segundo piso. Acaba de entrar. ¿Quiere que la avisemos?

—Nada de eso. Lo que necesito es hablar con el gerente. Asunto oficial.

Permaneció con el gerente del Hotel Comercial más de un cuarto de hora. Tuvo que hablarle un poco fuerte, pero al fin el hombre accedió a ordenar a la telefonista de la centralilla que controlase todas las conversaciones que la supuesta Anne Marie Drake sostuviera desde el hotel.

Mientras tanto, los veintiséis empleados del salón habían sido trasladados a los calabozos de la Jefatura, en dos furgonetas. La muchedumbre que presenciaba el embarque comentaba

apasionadamente el suceso, aunque realmente nadie sabía de qué se trataba.

Una vez en la Jefatura, Casey telefoneó al inspector Seamann a su casa.

Eran las dos de la madrugada. Seamann colgó el auricular pensando en que su profecía de que tenía por delante una noche muy movida comenzaba a ser una realidad, pero estaba alegre porque aquel endemoniado asunto parecía que tocaba a su fin.

Veinte minutos después estaba con Casey en el despacho del jefe de Policía de Nueva Orleáns, que también se hallaba presente. En breves palabras les relató todo lo acontecido en el salón y, cuando llegó al punto de la llegada de la hija del profesor Drake, acompañada por el seudomarino, Seamann le miró asombrado.

—¿Tú qué opinas de esto, Casey?

—Quizá fuera mera coincidencia. Pueden ser amigos suyos y haberse hecho pasar ante ella como periodistas, pero no lo creo —replicó Casey.

—¿Has tomado alguna medida? —Tornó a preguntar el inspector.

—Sí, señor. He enviado a Shearer al Hotel Comercial para que controle todas las conversaciones telefónicas que celebre esa mujer.

—Bien hecho —replicó Seamann, permaneciendo pensativo después—. Pero aún podemos hacer algo más —agregó—. Oye, Caleb —se dirigía al jefe de la Policía—: ¿podías ordenar que pongan dos telegramas, mientras interrogamos a los detenidos? Uno a Jackson. Pregunta a la Policía si *miss* Anne Marie Drake trabaja o ha trabajado allí como artista de variedades. El otro, a Londres, urgente. Pide detalles acerca del profesor Drake. Interesa saber, sobre todo, si es casado y tiene hijos.

El inspector Caleb oprimió un botón. Un ordenanza penetró en el despacho, y el inspector le entregó una nota.

—Lleve esto enseguida a la central telegráfica —le dijo—. Dígale a Soames que es muy urgente y que encarezca contestaciones rápidas. En cuanto las tenga que nos las envíe.

El ordenanza salió y los cuatro hombres, es decir, los inspectores Seamann, del

F. B. I.,

y Caleb, de la Policía de Nueva Orleáns, Casey y Sid se dispusieron

a tomar declaración a los detenidos.

Éstos fueron sacados de los calabozos donde habían sido encerrados y empujados hacia el despacho, con el mínimo de consideraciones. Cuando todos estuvieron en él quedaron ante los cuatro hombres, en fila, vigilados por una docena de robustos policías uniformados, que estaban detrás de ellos, empuñando sus porras de goma, dispuestos a cortar cualquier conato de rebelión.

—¿Los ha registrado, sargento? —preguntó Caleb.

—Sí, señor —replicó éste—. Sólo tres de ellos llevaban armas.

—Está bien. Forman una bonita colección, que no he querido privarles del placer de contemplar —dijo Casey—. Ahora, si les parece...

—Un momento, señor —dijo uno de los detenidos—. ¿Me permite unas palabras?

Casey le miró con atención. Era un hombre alto, fuerte, de cara franca y agradable, a quien el agente recordaba como portero del salón.

—Usted estaba allí de portero, ¿no es así? Bien; ¿qué desea?

—Quisiera decirle algo, señor. Nosotros trabajamos en el salón desde hace dos años. Hasta hace cosa de un mes las cosas marcharon muy bien; pero, de pronto, comenzaron a torcerse, coincidiendo con la aparición de ciertas gentes en el salón. Yo no sé lo que ocurriría allí, pero ya me figuraba que no sería nada bueno y así se lo dije a mis compañeros en repetidas ocasiones. Se lo puede usted preguntar —de la fila de detenidos partió un murmullo de afirmación.

—¿Qué gentes eran ésas? —preguntó Casey, interesado.

—Varios hombres y una mujer —replicó el otro.

—¿Una mujer?

—Sí, señor.

—¿Estaba allí esta noche?

—Sí, señor. Estaba con míster Martin Auvrey. El dueño del salón, quiero decir, y con otro muchacho más joven, que dicen que es su hermano.

—Y esa mujer, ¿iba allí con frecuencia?

—Desde hace un mes, sí, señor. Era raro el día que no iba. Sostenía largas conversaciones con algunos individuos que no me gustaban nada. Eran bruscos, autoritarios e ineducados y pronto

pareció que el salón era suyo.

—¿Por qué toleraba eso el dueño?

—No lo sé, señor. Yo creo que está enamorado de esa mujer, y ella le obligó a hacer cosas que...

—Supongo, Inspector —dijo Casey, volviéndose hacia Seamann, que seguía interesado aquella escena—, que ya habrá usted caído en la cuenta de que esa mujer es Anne.

Seamann movió la cabeza afirmativamente. Luego agregó:

—Después de esto prepárate a no verla más.

—Siga usted —animó Casey al portero.

—Poco queda que decir, señor. Nosotros hemos observado cosas raras en el salón, y nuestro único delito es el de no haber dado cuenta a la Policía. Pero tenga en cuenta que carecíamos de base para hacer una denuncia en regla, porque ignorábamos de qué se trataba y, además, últimamente, estábamos muy vigilados por tres hombres de su confianza, que aparentaban formar parte del servicio del salón.

Casey dio un salto en su silla, acercándose al portero.

—¿Están aquí esos hombres? —le preguntó.

—Sí, señor —replicó el portero con firmeza.

—Señálemelos.

El hombre recorrió la fila moviéndose con rapidez y señaló sin titubeos a tres de los que se encontraban en ella.

—Acérquense ustedes —ordenó Casey.

Los tres hombres se acercaron a la mesa del despacho, mientras lanzaban furiosas miradas sobre el portero, que las soportaba sin bajar la vista.

—¡Maldito soplón! Te voy a... —masculló uno de ellos.

—¿A qué? —preguntó Casey con rostro ceñudo—. Va a transcurrir mucho tiempo antes de que puedas hacer nada, amiguito. Sargento, ¿son éstos los tres hombres que iban armados?

—Sí, señor.

—Está bien. Ponga en libertad a esos hombres. A estos tres vamos a hacerles sudar un poco.

—El sargento salió del despacho, llevándose al resto de los detenidos. Sólo los tres forajidos quedaron ante Casey y sus compañeros, bien vigilados por cinco fornidos guardias de uniforme.

—Bien, bien; conqué camareros, ¿eh? —preguntó Casey con ironía, paseando ante ellos—. Inspector, ¿pregunta usted o pregunto yo?

—Tú mismo, Casey —replicó Seamann, mirando a Caleb, que asintió con la cabeza.

Casey se volvió hacia uno de los hombres, precisamente al que había mascullado la amenaza contra el portero.

—¿Dónde está el profesor Drake? —le preguntó plantándose ante él con las piernas abiertas.

—No sé de qué me está usted hablando —replicó el forajido con ganas de gallear un poco ante sus compañeros, aunque su rostro expresaba el temor que sentía.

El macizo puño de Casey se estrelló contra su boca, haciendo sangrar su labio superior.

—Esto quizá te despierte la memoria —gruñó Casey amenazador—. Y teniendo en cuenta que es una ínfima parte de lo que te espera si te pones en negativo, ¿entendido? ¿Hablarás o no?

—Oye Cas, yo creo que... —comenzó a decir el inspector Caleb.

—Déjeme actuar a mi modo, inspector. Le aseguro que dirán todo lo que sepan y aun lo que no sepan. No podemos tener miramientos con estas fieras. Ellos matan, roban y violan la Ley de mil formas. Igual les da que caiga un hombre, una mujer o un niño. Ellos tienen el derecho que da la fuerza como única razón para pisotearlo todo y no vamos a ser tan estúpidos que, una vez que les echamos la mano encima, vayamos a tratarlos con suavidad, pensando que es indigno pegar a un hombre.

Seamann rió blandamente al oír su discurso. Casey se acercó amenazadoramente al otro, dispuesto a empezar de nuevo, pero el «gangster» le miró con una mezcla de miedo y odio.

—¿Dónde está el profesor? —preguntó de nuevo Casey.

—Le juro que no lo sé —replicó el forajido, tembloroso—. Nosotros sólo teníamos la misión de vigilar a los camareros.

Su acento parecía veraz y Casey, convencido de ello, encaminó el interrogatorio por otros caminos. Supo así que Paula Decker actuaba como jefe supremo e indiscutible de la cuadrilla. Para aquellas alturas Casey ya no se extrañó, porque nada de lo que hiciera aquella mujer, dominadora y fascinante le parecía imposible. Supo también que el joven que estaba con ella era Lex

Decker, su hermano; que Martin Auvrey, el dueño del Miami, estaba enamorado de ella, aunque Paula no demostrara tenerle gran apego y que era él quien les había cedido el salón para transformarlo en su cuartel general, apenas Paula se lo pidió, mirándole con aquellos ojos prometedores que ella sabía poner cuando deseaba conseguir algo de un hombre.

—Bien. Tengo otros medios para saber dónde se encuentra Drake —dijo Casey a los inspectores—. Iré al hospital y tomaré declaración a los dos «gangsters» que resultaron heridos en la calleja. Y poco valgo o se lo saco, tan cierto como hay Dios.

—Déjalo para mañana, Casey —sugirió Seamann.

—¿Dejarlo? Nada de eso. Ahora mismo voy para allá —replicó Casey hecho una fiera.

En aquel momento sonó el teléfono que había sobre la mesa del despacho. Caleb tomó el auricular.

—Es para usted, Seamann. Le llaman desde el hospital.

Seamann tomó el auricular que Caleb le tendía y escuchó atentamente. Luego soltó una sarta, de maldiciones, mientras colgaba de nuevo.

—¿Qué ocurre ahora? —rugió Casey.

—No te molestes en ir al hospital. Los dos pistoleros han muerto.

—¿Cómo ha sido eso? ¡Maldita sea!

—Uno murió a los pocos minutos de ingresar. El otro salió bien de la operación. Era una perforación de intestino, pero en un descuido de la enfermera se bebió un litro de agua. No han podido hacer nada por salvarle.

—Sin duda sabía lo que le esperaba y prefirió terminar antes —dijo Sidney.

Casey se rascó la cabeza perplejo. No le importaba la muerte de los dos facinerosos por lo que su pérdida significaba para la sociedad, pero aquello le privaba de dos buenas fuentes de información.

Los detenidos habían sido sacados ya del despacho y los cuatro hombres se encontraban solos, en silencio.

Casey se dejó caer, abatido, en un sillón. Todo estaba perdido y había que volver a empezar.

—Y pensar que hemos estado a punto de encontrar a Drake —se lamentó.

—No es culpa tuya, muchacho —le consoló Seamann—. Has trabajado deprisa y bien. Pero no todo está perdido ni mucho menos. Queda Paula Decker. Yo creo que es una buena pista.

Casey levantó la cabeza. Por un momento se había dejado llevar por el abatimiento, pero ahora sus ojos relucían de nuevo.

—Tiene usted razón. Queda Paula Decker. *Miss Anne Marie Drake* —agregó mordazmente—. ¿Qué sugiere usted, inspector?

—Que le demos cuerda... suponiendo que vuelva a aparecer, cosa que dudo.

—Shearer no la dejará ni a sol ni a sombra. Tiene órdenes de seguirla vaya a dónde vaya.

—Aparte de que puede sorprender alguna conversación de Paula con sus cómplices —recordó Sidney.

—Y en último caso, con detenerla y obligarla a confesar, está todo arreglado —terminó el inspector Caleb.

—¿Confesar? ¡Cómo se ve que no la conoce! Si ella se empeña no hay quien la saque una palabra —replicó Casey.

En aquel momento llamaron a la puerta del despacho y un ordenanza entró con un telegrama en la mano, que entregó al inspector Caleb. Éste lo leyó y se lo alargó a Seamann.

—Bien —comentó éste—. Estábamos en lo cierto, aunque ya no nos sirva para nada. El profesor Drake es soltero y no se sabe que tenga hijo o hija alguna. Eso dice este telegrama de Londres.

—Supongo que el de Jackson dirá que ella nunca ha trabajado allí —replicó Casey—. Bien nos la ha jugado.

—Reirá más el que ría el último —sentenció Seamann—. ¿Cuándo comenzaste a sospechar de ella?

—Cuando la vi entrar en el Miami me extrañó mucho —dijo Casey—, pero comencé a entrar en sospechas cuando observé el ramalazo de ira que pasó por sus ojos al ver cómo uno de sus hombres, a quien yo estaba vigilando, entraba y salía del interior del salón, demostrando con ello su costumbre de andar por allí. Mis sospechas se convirtieron casi en certidumbre cuando reconocí al individuo que la acompañaba, pero he de confesar que mi seguridad vaciló de nuevo al ver que se quedaba allí mientras los demás huían. Esa mujer es demasiado audaz, le gusta jugar con el peligro y estoy seguro de que volverá.

—¿Por qué no llamas a Shearer? —sugirió Sidney.

—Déjalo. Ese muchacho no es tonto. Hará carrera. Paula Decker tendrá trabajo si quiere despegarse de él. Sabe dónde puede encontrarme si descubre algo.

—Entonces creo que podemos levantar la sesión, ¿no os parece? —sugirió Seamann. Los demás admitieron que era muy razonable, porque estaban sumamente cansados, sobre todo Casey, después de aquel día de ajetreo, pero hubo una nueva dilación.

El ordenanza entró otra vez en el despacho. Esta vez llevaba dos sobres, que el inspector Caleb se apresuró a abrir.

—Telegrama de Jackson. Esa mujer no ha trabajado en ningún establecimiento de la ciudad, según esperábamos. Este otro sobre es para ti, Seamann. Lo remiten de tu oficina.

Era la contestación de Washington y Nueva York. Los servicios de estas ciudades habían logrado identificar a cuatro de los hombres que aparecían en las fotos sacadas en el aeropuerto. Ya de poco les servía, pero siempre era bueno saber contra quiénes luchaban.

Wharol Carrell era uno de ellos. Había estado procesado tres veces por atraco a mano armada, pero ahora yacía sobre una fría losa de piedra en el depósito de cadáveres del Hospital de Saint Charles y ya no podría ser encerrado de nuevo en la Penitenciaría de Filadelfia, de donde había logrado escaparse.

Bert Dalton resultó ser otro de los componentes del «gang». Tenía una historia relativamente corta. Una estancia de dos años en Illinois, por haber dado muerte a un policía.

—Me gustaría echármelo a la cara —murmuró Sidney, mirando fijamente su rostro, en la fotografía, señalado con el número dos, para que no se le olvidase si llegaba el caso.

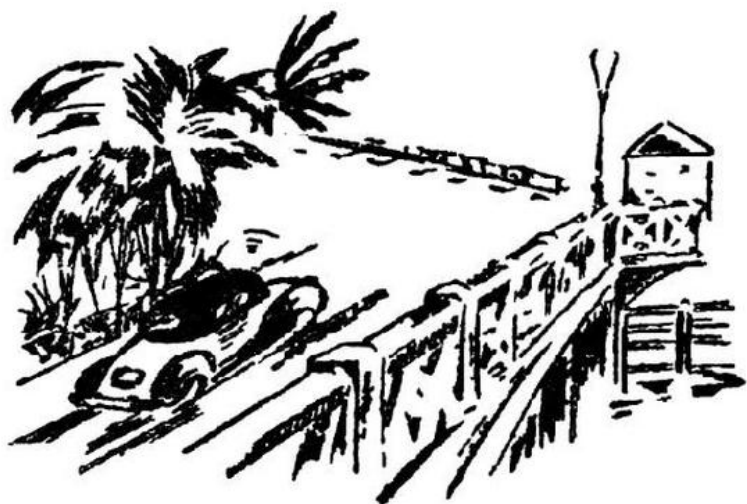
Wag Quillian era el tercero de los identificados, alias «El Triste». Dos condenas de cinco años cada uno, por robo con escalo, y secuestro. Perdonado un año de la segunda en gracia a su buen comportamiento.

—Cinco años por un secuestro —comentó Casey—. ¿Quién sería el abogado que le sacó tan bien librado?

El cuarto «gangster» era Larry Linker. Y tenía una hoja de servicios tan nutrida, que los cuatro hombres ni siquiera se molestaron en leerla.

—Esto quiere decir que aún hemos de enfrentarnos con seis hombres por lo menos. Seis fieras que tienen a Drake en sus manos,

mientras nosotros damos palos de ciego —comentó Casey.



VIII

HUIDA FRUSTRADA

LA primera llamada telefónica de Paula a sus cómplices se efectuó a las once de la mañana del siguiente día.

Shearer, que se había pasado la noche en la centralilla telefónica del Hotel Comercial, sumamente aburrido, se había quedado dormido en un sillón al amanecer.

La telefonista de turno le dio suavemente en el hombro, mientras establecía la conexión con la red general, y luego cedió al agente los auriculares.

Paula Decker hablaba con un hombre. Probablemente con su amigo o con su hermano, según pensó Shearer.

—¿Cómo está el tío? —preguntaba ella.

—Bien —replicó una voz masculina—. Ya le tenemos medio convencido.

—Permaneced ahí hasta que yo llegue, que será dentro de una media hora. Voy a hacer antes una visita y enseguida me reuniré con vosotros. Adiós.

Paula colgó el auricular, mientras sonreía. Luego se dirigió al tocador y comenzó a hacerse la «*toilette*». Había pensado mucho aquella noche, y llegado a la conclusión de que no convenía exponerse demasiado. Estaba decidido. Abandonarían la ciudad aquel mismo día, llevándose con ellos al profesor Drake, si todavía Martin y su hermano no habían conseguido hacerle hablar, para guardarlo en un lugar más seguro y desconocido para la Policía.

Por su parte Shearer también meditó unos segundos. Tenía que obrar rápidamente. Paula había dicho que iba a hacer una visita y que después se reuniría con ellos. No necesitaba seguirla para saber

adónde iba a ir, porque ya lo sabía. La telefonista había apuntado la dirección que le diera Paula para ponerle la comunicación.

Entonces decidió telefonear a Casey.

Éste se estaba afeitando, cuando recibió la llamada. Escuchó en silencio las noticias que Shearer le comunicaba.

—Con que le tienen en una villa llamada Los Naranjos, ¿eh? Bien, Shearer. Comunícaselo a Sidney, y dile que me llame en cuanto haya averiguado dónde se encuentra esa villa, aunque estoy seguro que es entre la ciudad y el lago Pontchartrain.

—¿Qué hago yo?

—Lo mejor será que te pegues a Paula, como una lapa y no la dejes ni a sol ni a sombra. Pero síguela con disimulo. Debe tener la mosca en la oreja y andará con cien ojos.

Cuando colgó el auricular, Casey se apresuró a terminar de arreglarse. Parecía que el asunto tocaba a su fin. Una vez localizado el lugar donde estaba el profesor, no quedaba más que ir a rescatarlo. No se le ocultaba que era la parte más arriesgada del asunto, porque los que le habían secuestrado no dejarían de ofrecer resistencia, pero había que afrontar el riesgo.

Estaba terminando de ajustarse la corbata, cuando sonó de nuevo el teléfono. Era Sidney.

—Ya tenemos localizada la villa, Casey —dijo—. Hay que salir por la carretera de Claiborn, tomar un camino que parte a la derecha, a una milla de Nueva Orleáns, y seguirlo durante unas dos millas. Allí parte otro camino, a la izquierda, que conduce directamente a la villa.

—Muy bien. Comunícaselo al inspector. Id arreglando las cosas para salir inmediatamente. Yo voy enseguida para allá.

Después de colgar el auricular, consultó un plano de la ciudad y sus alrededores, siguiendo en él los datos que Sidney acababa de darle. La villa estaba donde éste le había dicho y Casey sonrió satisfecho.

Guardándose el plano en el bolsillo, se puso la chaqueta, examinó su pistola para cerciorarse de que estaba en condiciones, y se dispuso a salir. En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

De todas las personas del mundo, la que menos esperaba Casey en aquel momento era Paula Decker. Y, sin embargo, ella estaba en el umbral, sonriéndole, cuando abrió la puerta. Permaneció un

momento indeciso y ella avanzó dos pasos, mientras le decía con su más seductora sonrisa:

—¿No me invita a pasar? Ya sé que no es la hora más apropiada para visitas, pero dentro de media hora salgo para Jackson.

Casey se apartó a un lado dejándola paso. Luego cerró la puerta tras ella.

Paula paseó por el departamento una mirada especulativa.

—Está usted bien instalado —dijo—. Supongo que aquélla será la alcoba, y allí estará el cuarto de baño. Es la primera vez que visito un cuarto de soltero.

Casey se preguntó si sería verdad esta afirmación.

Ella se dejó caer en un diván, con gesto de cansancio.

—¿Sabe que no he podido pegar el ojo en toda la noche? —le preguntó.

—¿Por qué?

—Pensando. En mi padre, ¿sabe usted? Estoy inquieta por él. No puedo quitarme de la cabeza la idea de que no voy a verlo más.

Casey la miraba asombrado de que, en aquel cuerpo escultural y aquella blonda cabellera platinada, pudiera esconderse un alma tan perversa y ambiciosa, como la de Paula Decker.

Lentamente se acercó a la ventana, dejando incontestadas las palabras de Paula. Retiró un poco el visillo y miró hacia la calle. No se veía el menor rastro de Shearer. ¿Habría conseguido ella burlarte? De pronto, encontró la línea de conducta a seguir. Asustaría un poco a Paula, si es que era susceptible de asustarse. Aquello quizá la impulsaría a obrar, precipitando los acontecimientos.

El timbre del teléfono sonó otra vez, mientras él se volvía hacia la mujer.

—¿Quién es? —preguntó tomando el auricular.

—Soy Shearer, ¿está Paula en tu casa?

—Sí.

—Me lo supuse cuando la vi entrar en el portal. ¿Quieres que suba?

—No. ¿Por qué?

—Ha pagado la cuenta del hotel. Eso significa que se marcha. Temo que intente algo.

—No temas. Atente a las instrucciones que te he dado antes.

Adiós.

—¿Quién era? —preguntó Paula, mientras encendía un cigarrillo —. ¿Algún amigo?

—Precisamente, me comunicaba buenas noticias —replicó Casey mirándola fijamente—. Acaban de localizar el lugar donde tienen escondido a su padre.

Ella no mostró el menor sobresalto. Permaneció mirando fijamente a Casey, y la única muestra de nerviosismo que dio fue al aplastar el cigarrillo en el cenicero.

—¿Cómo lo descubrieron? —preguntó interesada.

—Un motorista siguió anoche al coche donde huyeron los que escaparon del Miami.

—Y ¿cómo no lo ha sabido usted hasta ahora? —Tornó a preguntar Paula, y Casey admiró su agudeza.

Pero la de él no era inferior a la de su interlocutora. Eran dignos adversarios en todos los terrenos.

—Por lo visto el motorista pensó que no estaría de más curiosear un poco, y le sorprendieron espiando la casa. Lo han tenido encerrado hasta esta mañana, que logró escapar.

Creyó engañar a Paula con esta historia; pero, de pronto, se dio cuenta que no servía, porque ella había hablado con sus hombres hacía media hora escasamente y se extrañaría de que no le hubieran dicho nada de aquello.

Sin embargo, ella hizo como que se lo había creído, o quizá Lex no la dijo nada por no creerlo conveniente hacerlo por teléfono.

—Y ¿puedo saber dónde le tienen? —preguntó Paula, levantándose.

—En una villa llamada Los Naranjos, que está cerca de la carretera de Claiborn —le dijo Casey—. Cuando usted llegó me disponía a salir para allá.

Esta vez Paula acusó el golpe. Se dejó caer en el sofá, con el rostro más blanco que el papel, pero se repuso enseguida, y dijo:

—¡Oh, Casey! Perdóneme. Debo parecerle un poco... pero el caso es que me he emocionado al saber que quizá dentro de unos minutos pueda volver a ver a mi padre.

Casey sonrió con ironía. Sabía muy bien cuál era la verdadera causa de su palidez. Todo estaba perdido, y era preciso abandonar la lucha antes de que fuera demasiado tarde. Sabía también que la

mente de Paula Decker trabajaba en aquel momento a marchas forzadas, tratando de encontrar la manera de avisar a sus cómplices, sin despertar sospechas.

—¿Quiere traerme un poco de agua, por favor? —murmuró ella, y Casey se inclinó levemente.

—No faltaba más —murmuró.

Tomó un vaso del pequeño mueble-bar, y se dirigió hacia el cuarto de baño, sonriendo con ironía al pensar en el susto que la había dado.

Pero fue al salir, apenas transpuso la puerta del gabinete, cuando se dio cuenta de que Paula Decker no estaba en el lugar donde la había dejado. El sofá estaba vacío.

¿Dónde estaría? No había tenido tiempo de...

De pronto le pareció que la cabeza le estallaba en mil pedazos una y otra vez. Paula Decker era una mujer fuerte, y los golpes que asestaba a Casey en la cabeza, no eran caricias precisamente.

Apenas Cas entró en el baño, ella se había levantado del sofá, y corrió sigilosamente hacia la puerta, para situarse junto a ella, pegada a la pared, esperando que Cas volviese para privarle del sentido a culatazos.

Con un gesto despectivo, miró el cuerpo inmóvil del agente, tendido a sus pies. El vaso del agua se había roto al caer al suelo, y el líquido comenzaba a extenderse por el mismo.

Paula se aseguró de la inmovilidad de Cas durante unos minutos más, descargándole otro golpe en la cabeza con la culata de la pistola, luego recogió su bolso, metió la pistola en él, y abandonó el departamento como si nada hubiera ocurrido, después de descolgar el teléfono.

Rosemary Henson se despertó muy tarde. La emocionante aventura que había corrido la noche antes no la había quitado el sueño. Recostada en los blandos almohadones de la cama pensaba en Casey con delectación, dándose cuenta de cuánto le quería.

Sintió ganas de tirarse de la cama y ponerse a bailar por la habitación, al descubrir sus sentimientos hacia el agente. Sabía que éste la amaba. Se lo había dicho mil veces en broma, medio en broma y en serio, aunque ella siempre había eludido darle una respuesta categórica.

Pero ahora era distinto. La próxima vez que Casey se lo dijera, le

diría que ella también le quería.

De pronto, sintió el deseo ineludible de verle o hablar con él. Tenía el teléfono sobre la mesilla, al alcance de la mano y, un segundo después, estaba marcando el número de Casey, pero el teléfono de éste estaba comunicando.

En vista de ello, se tiró de la cama y comenzó a vestirse, llamando a Casey con frecuencia sin conseguir ponerse al habla con él.

«¡Qué fastidio! —murmuró—. ¿Con quién estará hablando?».

La sospecha de que la interlocutora de Casey, que mantenía tanto tiempo ocupado el teléfono, fuera la muchacha que bailó con él en el Miami, la noche anterior, la hizo fruncir el ceño desagradablemente.

Quiso desechar este pensamiento, pero no pudo. En vista de lo cual, se hizo rápidamente su tocado y volvió a llamar a Casey. El teléfono seguía comunicando.

«¡Qué raro! ¿Se habrá marchado dejando descolgado el auricular?», se preguntó.

En un momento devoró el desayuno. Su tía, que la observaba, le preguntó:

—¿Vas a salir?

—Sí, tía. Me llevaré tu coche, ¿te importa?

—Nada. Pero ¿dónde vas tan temprano?

Rosemary le dio una excusa y salió a la calle dirigiéndose hacia el cercano garaje, donde encerraban el pequeño coche de su tía Edith.

Un cuarto de hora después, llamaba a la puerta del departamento de Casey sin obtener respuesta. Llamó de nuevo con el mismo resultado.

El portero, que estaba limpiando la escalera, la miró de arriba abajo.

—¿Busca al señor Casey? —le preguntó.

Ella respondió afirmativamente.

—Tiene que estar ahí dentro porque no le he visto salir. Una mujer estuvo a verle hace cosa de una hora, pero se marchó enseguida.

—¿Está usted seguro?

—Claro que lo estoy.

El corazón de Rose dio un vuelco. ¿Le habría ocurrido algo a Casey? Sabía las sospechas que concurrían en la fingida hija del profesor Drake, y comenzó a alarmarse seriamente. Volvió a golpear la puerta sin obtener respuesta. El portero la miraba con curiosidad y suspicacia a la vez.

Rose agarró el tirador de la puerta, y en aquel momento ésta se abrió. No se paró a pensar en lo raro que era que la puerta estuviese abierta, sino que se lanzó corriendo hacia el gabinete que estaba al final del corto pasillo. Desde la puerta miró en todas direcciones, y lanzó una exclamación de horror.

Casey estaba tendido en el suelo, ante la puerta del cuarto de baño. Rosemary corrió hacia él, y con grandes trabajos logró incorporarlo y apoyarle la espalda en una silla. Luego corrió al cuarto de baño, mojó una toalla en agua y volviendo junto a Cas, se la aplicó sobre la frente, a la vez que le daba ligeros golpes en el rostro.

Casey volvió en sí pronto. Miró a Rosemary, sin comprender por qué estaba allí. Luego se llevó las manos a la parte dolorida de la cabeza y aquello pareció devolverle la noción de las cosas, porque abrió otra vez los ojos e Intentó levantarse.

—¡Casey, Casey! ¿Qué ha ocurrido?

—Fue esa mujer... Me golpeó en la cabeza... ¡Pronto, Rose! Llama al inspector... Seamann y dile que vayan inmediatamente a Los Naranjos. Que no pierdan... tiempo. Date prisa.

Rosemary se colgó inmediatamente del teléfono. Unos segundos después había dado el recado de Casey a Seamann, explicándole en breves palabras lo ocurrido.

Casey, mientras tanto, tambaleándose, se dirigió al cuarto de baño, abrió el grifo y metió la cabeza debajo de él.

El chorro de agua fría acabó de devolverle la conciencia de los hechos. Se secó la cabeza con una toalla y se sintió mejor, aunque parecía que su cráneo iba a estallar de un momento a otro.

Lanzando un gemido de dolor, salió al gabinete. Rosemary le estaba sirviendo una copa de jerez, que Casey vació de un trago. Luego se dejó caer sobre una silla, y Rose se inclinó sobre él, acariciándole los cabellos con ternura.

—¿Has comunicado con Seamann? —preguntó Casey al cabo de un rato.

—Sí. Me ha dicho que no te preocupes, que ellos se bastan para hacer el resto.

Casey se puso en pie. El dolor de cabeza había disminuido en parte.

De pronto se encaró con Rosemary.

—Vámonos —dijo—. Tengo que ir allí.

—Déjalo, Casey. Ya lo harán ellos. Tú no estás para... —Intentó convencerle la muchacha.

—Esto no es nada. Se me está pasando el dolor, y acabará de pasarse por el camino.

—Está bien, tozudo. Haz lo que quieras. Siempre has de salirte con la tuya —dijo, al fin, ella, desistiendo de disuadirle de sus propósitos.

—Ya te convencerás cuando terminemos esto —replicó Casey, sonriendo, mientras cerraba tras él la puerta de su departamento—. Te casarás conmigo, quieras o no.

—Eso no te costará trabajo, Casey —contestó Rosemary—. Ya estoy decidida a ser tu mujer.

Casey la estrechó entre sus brazos, en el mismo pasillo, ante la mirada asombrada del portero. Luego la besó ligeramente en los labios y, agarrándola de una muñeca, exclamó:

—Vamos. No podemos perder más tiempo. Tenemos que buscar un «taxi».

—Tengo mi coche abajo, Cas, pero no me hagas bajar tan deprisa. Me voy a matar.

—Eres encantadora, Rose. Ahora sí que me caso contigo, aunque no quieras —dijo él, llegando a la puerta—. ¡Ah! ¿Te has traído el bote de la tía Edith? Bien, puede servirnos.

Se acomodaron los dos en el pequeño «Ford» de cuatro plazas. Casey puso el motor en marcha, pisó el acelerador y el coche se alejó por la avenida Claiborn, hacia St. Bertrand Street, para tomar la carretera de Claiborn.

Paula penetró en la villa como una tromba. Martin y Lex, que la habían visto llegar en el «taxi», salieron a recibirla. Lex fue a decir algo, pero la mueca que su hermana llevaba dibujada en el rostro se lo impidió.

—Tenemos que marcharnos —exclamó Paula, apenas pisó el vestíbulo—. La Policía no tardará en llegar.

Martin Auvrey palideció. Lex miró a su hermana, y preguntó:

—Pero ¿cómo han sabido que estábamos aquí?

—Eso importa poco ahora. Lo saben, y eso es todo. Me parece que entre unos y otros hemos hecho las cosas lo peor que podíamos hacerlas. ¡Valientes compañeros me he buscado!

Miró a Auvrey con desprecio, y preguntó:

—¿Quiénes están aquí?

—Linker, Dalton, Quillian, Western y nosotros dos —replicó Lex.

—Muy bien. Diles que preparen el coche grande. Nos vamos ahora mismo.

—¿Qué hacemos con el profesor?

—Llevárnoslo, naturalmente. ¿Crees que voy a abandonar este asunto solo porque tengamos detrás a la Policía? —preguntó Paula, echando lumbré por los ojos.

Lex salió y ella quedó sola ante Auvrey, que la miraba subyugado. Nunca había visto a Paula tan hermosa como en aquel momento en que la cólera la consumía. No podía apartar los ojos de ella. Cuando aquella mujer estaba ante él era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera ella. Había abandonado la vida honrada que llevaba en Nueva Orleans, su posición económica desahogada y fácil; todo lo había echado por la borda, fascinado por el encanto y el magnetismo que irradiaba de aquella mujer perversa.

Paula se detuvo ante él.

—¿Vas a venir con nosotros? —le preguntó con cierto desdén, que no pasó desapercibido para Martin.

—Lo que tú quieras, Paula —replicó con amargura.

Estaba completamente sometido a ella. Lejos de su presencia, de su influjo y de su personalidad que le avasallaba, se daba cuenta de que Paula le había llevado a un abismo insondable del cual nunca podría salir. Había ligado su vida a la de ella, convirtiéndose en un fuera de la Ley, sólo por conseguir su amor, y se daba cuenta, con desaliento, de que ni siquiera esto había conseguido.

Percibía en cada palabra de Paula el desdén que le inspiraba, y el amargo pensamiento de que ella se había aprovechado de su amor para hacer de él un guiñapo, se alzaba cada vez más insistente en su cerebro y en su corazón, pero se sentía incapaz de tomar una resolución radical. Algunas veces se lo había propuesto en ausencia de Paula, pero le bastaba con verse de nuevo ante ella, para que se

olvidase de sus proyectos anulada su voluntad por la personalidad avasalladora de la hermosa mujer.

—Harás lo que yo quiera —repitió ella con ironía—, siempre haciendo lo que yo quiero. Pero ¿es que no tienes sangre en las venas? ¿Es que no eres capaz de tomar la iniciativa, aunque sólo sea una vez?

En el subconsciente de Paula quedaba aún un resto de feminidad que la hacía sentirse débil a veces y desear encontrarse con un hombre que la dominase e hiciese frente a la situación por ella. Pero aquel hombre no era, en manera alguna, Martin Auvrey. De eso estaba ella bien segura y por eso le despreciaba.

Lex entró en aquel momento.

—El coche está preparado —dijo—. Podemos irnos cuando quieras.

Paula tomó de nuevo el abrigo de entretiempo que había arrojado sobre una silla al entrar y abandonó la estancia, seguida de Lex, sin preocuparse de mirar hacia atrás para ver si Auvrey les seguía o no.

El coche estaba en el jardín. Un hombre estaba sentado al volante y otros dos sentados a su lado. En la parte de atrás, Dalton estaba sentado, sosteniendo contra su hombro la cabeza del profesor, que estaba a su lado sin sentido.

—Tuvimos que darle un golpe, porque se negaba a salir —explicó Lex, señalando al profesor.

Parecía mentira que un hombre hubiera podido cambiar tanto en poco más de veinticuatro horas. El profesor Drake no era ni la sombra del hombre simpático y cordial que el día antes llegara a Nueva Orleáns. Sus mejillas aparecían flácidas y encima de ellas se habían formado unas bolsas violáceas, que indicaban bien a las claras los terribles suplicios que había tenido que soportar. Una ligera barba blanca cubría su rostro, en el cual se retrataba el sufrimiento.

Pero debajo de aquel cuerpo debilitado por la tortura se ocultaba un alma fuerte, un espíritu recto y templado como el mejor acero, que el trato brutal a que había sido sometido no había conseguido doblegar.

El secreto de su invento seguía perteneciéndole sólo a él. Paula le miró iracunda mientras subía al coche. Lex subió también y se

sentó a su lado.

—Ya puedes arrancar, Quillian —ordenó al conductor—. Iremos un poco apretados pero es preferible esto a gozar de estancia por cuenta del Estado en una penitenciaría.

El coche cruzó la puerta del jardín, avanzando por el camino hacia la carretera, pero no habían andado la mitad de aquél, cuando llegó hasta ellos el aullido de las sirenas de los coches de la Policía.

Quillian frenó en seco. Por el camino al cual desembocaba el que ellos seguían, volaban raudos los coches y motos de la Policía, dispuestos a cortarles el paso.

Lex palideció.

—Da marcha atrás, Quillian —ordenó Paula con voz seca—. Volvamos a la casa.

—Estamos listos —murmuró Dalton—. ¿Qué vamos a hacer?

—Hacernos fuertes en la casa —replicó Paula, mientras el coche retrocedía hacia la villa.

A ninguno de sus hombres le hizo gracia la idea de resistir a la Policía. Si se entregaban ahora, sólo podían acusarles de haber tomado parte en un secuestro, de lo cual saldrían con un par de años a lo sumo. En cambio, si resistían a la Policía y ocasionaban algún muerto entre los agentes, sabían muy bien lo que les esperaba si salían vivos de la refriega.

Pero temían a Paula. La mujer ejercía sobre ellos el mismo dominio que sobre todas las personas que la trataban. Además confiaban en ella porque había planeado muy buenos golpes y con su iniciativa habían sabido salir siempre de apuros.

Sin embargo, Dalton, que era el que menos tenía que temer de todos ellos, comenzó a refunfuñar apenas llegaron al jardín.

—No seas tonto, Dalton —replicó Paula—. ¿Crees que nos dejaremos coger así como así? El profesor nos servirá de escudo para huir. Si logramos resistir hasta que llegue la noche, os garantizo que os sacaré de aquí.

La seguridad de su tono, devolvió la confianza a sus hombres.

—Llevad al profesor a su habitación —ordenó Paula.

En aquel momento, Martin Auvrey llegó a su lado. Su rostro aparecía pálido y desencajado y sus brazos pendían laciamente a ambos lados de su cuerpo. Era la estampa perfecta de la derrota y el desaliento.

La huida de Paula, dejándole en la villa para que se las arreglase como pudiera, había hecho naufragar sus últimas esperanzas de conseguir el amor de aquella mujer, dándole la medida exacta de lo que podía esperar de ella.

—Intentabas huir de mí, ¿eh, Paula? —preguntó con voz ronca—. Eres una arpía, una mujer nefasta y mereces mil veces la muerte.

—¿Por qué no me matas tú, Martin? —replicó ella con ironía, colocándose provocativamente, ante él—. Tienes una pistola en el bolsillo. Una ligera presión en el gatillo y la pobre Paula, tu ídolo, habrá dejado de existir.

Martin Auvrey apretó los puños y dando media vuelta se metió en la casa seguido por la risa burlona de Paula Decker.

El rugido de las sirenas de la Policía que se acercaba, volvió a ésta a la realidad. Sus hombres estaban ya dentro de la casa. Se habían llevado al profesor y encerrado el coche en el garaje y estaban tomando sus medidas para resistir el asedio de la Policía hasta la noche.

Todas las puertas y ventanas cerradas, excepto aquéllas por donde debían disparar contra los atacantes, que habían sido convertidas en troneras.

Paula Decker, con un fusil ametrallador debajo del brazo, daba órdenes a sus hombres, tranquila, siniestra, altiva. Martin Auvrey, sentado en una silla en el vestíbulo, la miró con ojos inexpresivos. Luego hundió la cabeza entre las manos, desesperado.

IX

UNA MUJER INDOMABLE



PENAS Seamann recibió el recado telefónico de Rosemary Henson, desde el departamento de Casey, se dispuso a actuar con la energía y rapidez que le caracterizaban.

Cinco minutos después, cuatro coches de la Policía, llevando cinco hombres cada uno, corrían velozmente por las calles de la ciudad. Cinco motoristas les abrían paso por entre la circulación rodada, no muy nutrida a aquellas horas de la mañana y los rugidos de las sirenas, avisando a los conductores para que dejaran el camino libre, resonaban en las calles como el augurio de algo siniestro que no tardaría en ocurrir.

Una vez en la carretera los vehículos policiales aumentaron su velocidad y diez minutos después Los Naranjos estaba a la vista.

—¡Caramba! —exclamó Sidney, que se sentaba junto al inspector—. O mucho me equivoco o ese automóvil negro que avanza hacia nosotros, ha salido de la villa.

Los del automóvil que Sid señalaba debieron de verles, porque el coche comenzó a desandar el camino andado, metiéndose otra vez en el jardín que rodeaba el edificio.

—Esto se llama llegar a tiempo —comentó Seamann—. Si tardamos un minuto más se nos escapan. ¡Eh! ¿Qué es eso?... Es Shearer.

En efecto, Shearer estaba en medio del camino, agitando los brazos para que parasen.

El coche del inspector se detuvo a su lado.

—¿Qué hay, Shearer? —preguntó.

—Paula Decker llegó a la casa hace unos minutos. Iban a huir en un «Studebaker», negro, pero han retrocedido hacia la casa al verles llegar.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Llegué siguiéndola a ella, por orden de Cas —replicó Shearer.

—¡Magnífico! Aunque hubieran podido huir tú los habrías seguido, ¿no es así?

—Hasta el infierno —replicó Shearer orgulloso—. ¿Y Casey? ¿No viene con ustedes?

—Le acariciaron la cabeza por segunda vez —contestó el inspector, de buen humor—. Fue ella.

Shearer lanzó un silbido.

—Si lo hubiera sabido —exclamó—. Yo estaba a la puerta de Casey esperando que ella bajase de su departamento para seguirla.

—Es igual. Ahí los tenemos a todos. Sube.

Shearer montó en el coche del inspector, ya lleno por cinco hombres y tuvo que sentarse en las rodillas de uno de ellos.

En esta forma llegaron ante el jardín que rodeaba la villa. Seamann examinó, con ojos críticos, la situación.

No tenía la menor duda de que los «gangsters» ofrecerían una resistencia desesperada y, en efecto, apenas los primeros agentes se tiraron de los coches, una ráfaga de fusil ametrallador, procedente de una de las ventanas del piso bajo, les obligó a refugiarse detrás

de la tapia de ladrillo que circundaba el jardín, coronada por una verja de hierro.

—Nos van a dar que hacer estos granujas —exclamó Seamann, y Sidney asintió.

—Yo acababa enseguida con ellos —dijo.

—¿Cómo?

—Pidiendo un par de cañones al Parque de Artillería —gruñó Sid y el inspector le miró regocijado, aunque no sabía si su subordinado hablaba en serio o en broma. Sin embargo, tomó la sugerencia en consideración por si había necesidad de utilizarla.

La villa Los Naranjos, estaba situada en una ligera ondulación del terreno, cruzada por delante por el camino que los había llevado hasta allí y cuya parte posterior caía mansamente sobre un arroyuelo que se deslizaba hacia el mar por la parte posterior de la casa. Los árboles que crecían en la ribera del arroyo llegaban casi hasta la pared del jardín; pero, en cambio, el terreno que se extendía delante de la casa estaba totalmente desprovisto de árboles.

Los agentes comenzaron a hacer fuego sobre el edificio. Desde dentro les respondían con algunos intervalos, pero era evidente que no podrían asaltarlo, si no se decidían a precipitarse hacia él, arrostrando el fuego que se les hacía desde las ventanas.

El tiroteo cesó un momento, que fue aprovechado por Seamann para intimar a los «gangsters» a la rendición, por medio de un altavoz.

La contestación no se hizo esperar.

La voz sonora de Paula Decker, le replicó desde una de las ventanas:

—Cuidado, inspector. Tenemos al profesor en nuestro poder y no vacilaremos en liquidarlo si nos vemos en peligro.

Seamann, que no había contado con aquella posibilidad, soltó una maldición.

—¿Qué opinas ahora de eso de emplear cañones, Sid? —preguntó a éste, que se encontraba a su lado, protegidos por uno de los coches.

—No es posible hacerlo —concedió el agente.

El cerco prosiguió por espacio de media hora. Seamann comenzó a gruñir.

—No es posible hacer nada sin antes proteger al profesor contra esos canallas —dijo al fin—. Y esto sólo puede hacerse de un modo: Metiéndose en la casa.

—¿Quiere que lo intente? —sugirió Sidney—. Shearer podría acompañarme.

Éste se mostró encantado con la idea, pero Seamann no les escuchaba. Sus ojos estaban fijos en un pequeño automóvil que avanzaba por el camino.

—Oiga —dijo a uno de los policías de uniforme que estaban más cerca de él—. Detenga ese coche. Entérese de quién viene en él y no deje que nadie se acerque a la casa.

El policía fue a cumplir la orden, pero regresó a los pocos segundos, de pie en el estribo del coche, que continuó acercándose a la villa.

Cuando el vehículo paró a pocas yardas de Seamann, Casey se apeó de él, seguido de Rosemary.

—¡Casey! —exclamó Seamann—. ¿Qué tal te encuentras? ¿Por qué has traído a la muchacha?

—Ella se empeñó en venir, pero se va a estar aquí muy quietecita, ¿no es así, Rose? Bueno, ¿cómo están las cosas?

—En un punto muerto, Casey —replicó Sidney—. Se han refugiado en la casa y amenazan con matar al profesor si les molestamos demasiado.

—Ahora mismo estaba yo diciendo que no podemos hacer nada hasta que estemos seguros de que no pueden hacer ningún daño a Drake —terció el inspector.

—Eso sólo puede hacerse introduciéndose en la casa sin ser visto —opinó Casey.

—Eso es casi imposible —exclamó Seamann.

—Pero podemos intentarlo —dijo Casey—. Sid, Shearer, ¿estáis dispuestos a ello?

—Naturalmente que si —replicó el primero por los dos.

—Está bien. ¿Han traído las radios portátiles? —preguntó Casey—. Deme una. En cuanto hayamos conseguido llegar hasta el profesor, empiecen el ataque en serio, mientras tanto, inspector, sería conveniente que hicieran sobre la casa un fuego graneado para distraer la atención de esos cerdos.

—No te preocupes por eso, Casey. Haremos más ruido que una

División de Infantería, si eso puede servirte de algo.

—Y no se impacienten si tardamos un poco. Hemos de examinar la casa para ver por dónde podemos meternos...

—Si podemos meternos —murmuró Shearer, y Casey le dio un golpecito en la espalda.

—Tiene demasiadas ventanas, muchacho —dijo—. Vamos.

Después de dirigir a Rose unas palabras tranquilizadoras, los tres hombres se alejaron de la casa. Luego comenzaron a dar la vuelta a la misma, procurando ocultarse a la vista de sus defensores, intentando encontrar un lugar por donde meterse en ella.

A ninguno de los tres se le ocultaba la dificultad de la empresa, pero estaban animados del espíritu de sacrificio que el

F. B. I.

sabe infundir a sus hombres y estaban dispuestos a todo, con tal de conseguir la derrota de aquellos desalmados.

Al fin llegaron a la parte posterior de la casa y desde los árboles que llegaban hasta el río, examinaron el terreno. Por aquel lugar todo estaba tranquilo, pero Casey no dudó de que estaría bien vigilado, aunque no tanto como el frente de la casa, que era por donde los «gangsters» esperaban el ataque principal.

El bajo muro de ladrillo que rodeaba la villa estaba desprovisto por aquel lado del suplemento de la reja de hierro y Casey se alegró. Por mucho fuego que les hicieran desde la casa, sería relativamente fácil saltarlo y refugiarse contra la pared del edificio.

Todas las ventanas estaban herméticamente cerradas, pero Casey divisó en la empinada pendiente del tejado construido con chapas de plomo, una especie de tragaluz y pensó que tal vez no le sería difícil penetrar por él.

En aquel momento, de la parte delantera de la villa llegó hasta ellos el infernal estruendo de los disparos de docenas de armas automáticas. Seamann intentaba atraer hacia el otro lado de la casa la atención de los ocupantes del edificio.

—Vamos, chicos. Ahora es la ocasión.

Arrastrándose por el suelo consiguieron llegar junto al muro de ladrillo y, una vez allí, comenzaron a pasar al otro lado del mismo. Desde una de las ventanas del piso bajo, comenzaron a llover sobre ellos los disparos de una pistola. Era Western, que vigilaba aquel lado de la casa, el que disparaba, pero sus disparos no pudieron

impedir que los tres hombres llegasen junto a la pared de la villa.

Casey miró hacia arriba. Un canalón de desagüe atrajo su atención. Se deslizaba desde el tejado, pegado a la esquina de la casa.

—Sid, tú que eres fuerte, sostén a Shearer en tus hombros —dijo.

Sus compañeros se dieron cuenta inmediatamente de lo que pretendía hacer. Sid se apoyó en la pared con ambas manos, afirmando sus pies en el suelo y, con las piernas ligeramente abiertas, se dispuso a aguantar el peso de los dos.

Mientras Shearer se encaminaba a los hombros de Sid, Casey se colgó al cuello la pequeña emisora-receptora, poco mayor que un auricular telefónico, que Seamann le había entregado, y luego se encaramó en los hombros de Shearer.

Aún le faltaba un buen trozo para llegar a la cornisa del tejado, pero no se apuró por ello. El canalón y los salientes y molduras de la fachada de la villa, le ofrecían un asidero aceptable para subir y Casey se aventuró.

Agarrándose con uñas a los puntos más inverosímiles, logró asirse al borde de la cornisa y trepar hasta él. Luego se puso de pie en el reborde y se dirigió hacia la claraboya. Ésta era de cristal grueso y no se veía nada debajo de ella, pero uno de sus lados aparecía levantado ligeramente, sostenido por una barra de hierro para que no cayera. Antes de aventurarse en el interior de la casa, Casey miró hacia abajo, saludando a sus compañeros con un movimiento de la mano.

Luego levantó más el cristal del tragaluz y miró hacia abajo. Éste daba a una galería en la cual se veían algunos aparatos para hacer gimnasia. Casey se dejó caer dentro de la galería sin hacer el menor ruido y, empuñando la Luger, avanzó decidido hacia la puerta que se veía en el otro extremo.

La puerta no tenía echada la llave. Casey la abrió con precaución y se encontró ante una escalera que formaba un recodo en su parte media. Comenzó a bajar lentamente los peldaños, extremando sus precauciones al doblar el recodo, pero nadie le molestó.

La escalera terminaba en el extremo de un largo pasillo, a cuyos lados se abrían varias puertas. Casey calculó que se encontraba en el piso superior de la villa. Por el otro extremo del pasillo, llegaba

desde el piso bajo el ruido de los disparos con que los «gangsters» contestaban a la lluvia de balas que los hombres de Seamann enviaban sobre ellos.

De las habitaciones que se abrían al pasillo, unas cedieron a la presión de su mano y otras no, pero en ninguna de ellas encontró al profesor. Sin embargo, al entrar en una de ellas, recordó de pronto que, a juzgar por la orientación de la casa, debía de caer al lado donde Sid y Shearer esperaban, pegados a la pared.

Aquello le dio una idea. Procurando no hacer ruido abrió la ventana y se asomó al jardín. Los dos agentes estaban debajo de él, un poco a la derecha, mirando hacia arriba y Casey no tuvo necesidad de llamarlos.

Un segundo después, Shearer se encaramaba en los hombros de Sid y, ayudado por Casey, que, le tendía la mano desde la ventana, penetraba por ésta en la habitación. Costó más trabajo conseguir izar a Sid, pero lo lograron uniendo sus cinturones de cuero, que Shearer agarró firmemente, con medio cuerpo fuera de la ventana, para que Sid pudiera trepar por ellos, apoyando sus pies en la pared.

—Ya estamos todos dentro. Voy a decírselo a Seamann.

Se acercó a la boca la extremidad inferior de la emisora, doblada en forma de C, y dijo.

—Seamann, ya hemos conseguido entrar. Ordene usted a los muchachos que arrecien el fuego.

—Está bien, Casey. Adelante —dijo la voz del inspector, llegándola por la rama superior de la emisora-receptora.

Los tres agentes salieron de nuevo al pasillo. Casey iba el primero, pero retrocedió rápidamente, haciéndoles penetrar de nuevo en la habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sid.

—Un hombre avanza por el pasillo. Debe ser el que disparó sobre nosotros en el jardín y quizá venga en nuestra busca.

Unos pasos sigilosos se acercaban. Los tres agentes se aplastaron detrás de la puerta. Pocos segundos después, ésta se abrió lentamente y el brazo de Western, empuñando un arma, entraba en la habitación seguido del resto de la anatomía del «gangster».

Casey se abalanzó hacia él, se echó el brazo de Western por encima de su hombro derecho, agarrándolo con ambas manos y,

volteándolo por encima de sus costillas, lo estrelló contra el suelo, sin que Western tuviera tiempo de disparar su arma.

Antes de que pudiera explicarse lo sucedido, Sid cayó sobre él, tapándole la boca con la mano.

—Suéltale ya, Sid —ordenó Casey y Western quedó ante él y Shearer que le encañonaban con sus pistolas—. Ojo con gritar o te mato —agregó Cas.

Los ojos de Western les miraban temerosos, mientras alzaba las manos con lentitud.

—¿Dónde está el profesor? —preguntó Casey.

Western no pensó ni siquiera en engañarles. Con tres agentes del F. B. I.

dentro de la casa todo estaba perdido y no tenía el menor deseo de agravar su situación poniendo obstáculos.

—En el piso de abajo —dijo.

—Explícanos cómo es el piso de abajo —ordenó Casey.

—La escalera que hay al extremo de este pasillo baja hasta el vestíbulo. Éste es cuadrado y a él se abren las puertas de varias habitaciones, en una de las cuales está el profesor.

—¿Y en las otras?

—Están mis compañeros haciendo frente a la Policía.

—¿Hay alguien vigilando al profesor?

—Nadie. La puerta está cerrada con llave.

—¿Quién la tiene?

—Paula Decker —replicó el «gangster».

—Está bien. Como nos hayas engañado te sentaré en la «silla» y yo mismo te meteré una corriente que te voy a dejar frito. Sid, anda...

Sid comprendió. La culata de su pistola chocó violentamente contra el cráneo de Western, que cayó al suelo, como herido por un rayo, sin lanzar un gemido.

Rápidamente los tres hombres se encaminaron hacia la escalera, mirando al vestíbulo desde lo alto de ella. Éste aparecía desierto, pero todas las habitaciones que daban a él tenían las puertas abiertas, excepto una que era donde debía estar el profesor.

Bajaron la escalera en silencio, con la intención de llegar ante las abiertas puertas, por las que salía hasta el vestíbulo el ruido de los disparos de los «gangsters», pero no les fue posible hacerlo.

Quillian apareció en una de ellas. De una herida que tenía en la frente, brotaba la sangre y avanzaba tambaleándose, pero aquello no fue obstáculo para que los viese cuando estaban en el centro de la escalera y lanzase un grito de alarma.

Tres pistolas dispararon a la vez y Quillian encajó otros tantos proyectiles, cayendo al suelo inmediatamente, pero su grito de aviso había puesto en conmoción a sus compañeros.

Del resto de las puertas comenzaron a brotar hombres. Linker, Dalton, Martin, Lex e incluso la propia Paula, penetraron en el vestíbulo. Casey y sus compañeros dispararon sobre ellos. Dalton cayó junto a Quillian, pero los demás tuvieron tiempo de refugiarse de nuevo en las habitaciones que acababan de abandonar, mientras Dalton seguía disparando hasta que un nuevo disparo de Sid terminó con él.

Agazapados en el precario refugio que les ofrecía la barandilla de la escalera los tres hombres vigilaron las puertas, pero nadie asomó por ellas.

—Quedaos aquí —ordenó Casey a los otros dos—. Procurad que nadie se acerque a la habitación donde está el profesor.

Casey salvó de un salto el resto de la escalera. Cayó al pie de ella sobre las puntas de sus pies y se encaminó hacia la puerta de una de las habitaciones que tenía ante él. Allí no había nadie, pero Casey se explicó enseguida la causa.

Las tres habitaciones que se abrían al vestíbulo por aquel lado se comunicaban entre sí y los «gangsters» se habían reunido en una de ellas, tratando de evitar el ser cazados uno a uno.

De nuevo se acercó el aparato a los labios.

—Seamann. Envíenos un hombre con bombas lacrimógenas —indicó a su superior—. Que vaya por la parte posterior de la casa. No hay peligro por allí.

Cuando recibió la conformidad del inspector, se volvió a la escalera.

—Se han reunido todos en una habitación —dijo—. Shearer, vete arriba y recoge las bombas de gases que van a llevar junto a la ventana por donde hemos entrado.

Shearer se alejó y volvió a los pocos minutos, llevando un morral lleno de bombas lacrimógenas.

—Ven conmigo, Sid. Tú Shearer, quédate aquí. En cuanto veas

aparecer a alguien tira a darle, si no se rinde —dijo Cas, cogiendo cuatro bombas.

Seguido por Sid, Casey penetró de nuevo en la habitación que acababa de abandonar. Rápidamente abrió la puerta que daba a la otra habitación y tiró dos bombas dentro de ella. Enseguida sintió el ruido de toses y estornudos que provenían de allí y supo que no se había equivocado.

En efecto, Paula Decker y sus secuaces estaban allí. Sus rostros aparecían sombríos, pero con la decisión de morir matando pintada en ellos.

Tres de los suyos habían caído ya y ellos tenían muy pocas o nulas esperanzas de poder huir de aquella ratonera, pero no por eso dejarían de luchar hasta el final.

El más abatido de todos era Martin Auvrey, porque no tenía fibra de criminal y, a pesar de ello, había arruinado su vida, secundando a Paula en sus planes.

Un rumor procedente de la habitación vecina les hizo volver la cabeza hacia allí, a tiempo para ver estallar junto a la puerta dos pequeñas bombas, de las cuales escaparon inmediatamente espesas nubes.

—Gases lacrimógenos —comentó Paula—. Vamos a la otra habitación.

Los cuatro abandonaron la estancia, refugiándose en la habitación contigua y cerraron la puerta tras ellos. Era el último reducto que les quedaba. De allí no podrían salir, si no era para morir o rendirse.

Linker se puso a vigilar inmediatamente por una ventana, pero los hombres de Seamann no avanzaban por aquel lado. Estaban dando la vuelta a la casa. Algunos habían llegado a la puerta principal y resonaban en el vestíbulo los golpes que descargaban sobre ella, intentando derribarla, hasta que al fin lo consiguieron.

Martin Auvrey, que estaba sentado en una silla, con la vista fija en el pavimento, oyó, como todos los demás, el estrépito de la puerta al caer, y comprendió su significado. De pronto se levantó transfigurado. De su mano derecha pendía una pistola que aún no había usado.

El primer disparo fue para Linker, que permaneció inmóvil donde estaba, con una expresión de sorpresa estereotipada en el

rostro. Lex se volvió al oír el disparo, para recibir el segundo y el tercero en el pecho y en el cuello, al mismo tiempo que el fusil ametrallador que Paula empuñaba, lanzaba sobre Martin un chaparrón de balas.

Éste vaciló unos segundos antes de caer al suelo riéndose como demente, mientras intentaba contener la hemorragia con su mano izquierda.

Paula miró a su alrededor como una fiera acorralada. El vestido de crespón negro, que se ajustaba perfectamente a su perfecto cuerpo, estaba rasgado por algunos sitios, y su rostro aparecía chamuscado; y su cabello, suelto, le caía sobre la espalda como una cascada de reluciente plata. Estaba hermosa y agresiva, plantada en el centro de la habitación, mirando hacia la puerta del vestíbulo con la ira y el deseo de matar asomados a sus profundos y enigmáticos ojos azules.

El primer policía que apareció ante ella, antes de recibir el aviso de Casey, no tuvo tiempo de disparar y cayó atravesado en la puerta, alcanzado por los disparos de aquella fiera.

Martin Auvrey se incorporó lentamente. Con grandes esfuerzos consiguió apoyarse en su codo izquierdo. Luego levantó lentamente la pistola, y disparó.

Paula Decker, aquella mujer enigmática y fatídica, que había convertido en un infierno los últimos días de su vida, recibió el balazo en el corazón y cayó al suelo, muerta instantáneamente.

Auvrey se arrastró hacia ella, acariciando su pelo y su rostro, mientras murmuraba palabras ininteligibles con voz temblorosa, disparando contra todo el que pretendía acercarse al cadáver de su amada, hasta que se le agotaron las municiones.

Cuando dos fornidos agentes consiguieron arrancarle de junto al lado de la mujer a quien él más había amado, Auvrey la miró con ojos inexpresivos. La muerte había devuelto a las facciones de Paula Decker toda su paz. Casey la contempló largamente, mientras llegaban a sus oídos los desgarradores lamentos de Auvrey, a quien dos agentes se llevaban.

—Ha muerto... ha muerto. ¡Paula! ¡Paula!... —exclamó desgarradoramente.

Cogidos de la mano, Casey y Rosemary contemplaban desde el Audubon Park la corriente del río Mississippi, que se deslizaba

hacia el océano.

Aquel río había sido testigo de muchos sucesos nefastos y alegres, desde la época de la colonización, pero sus aguas habían seguido deslizándose hacia el mar, sin perder su ritmo milenario, presenciando cómo, paso a paso, se forjaba la nación más grande del mundo.

Era el atardecer del mismo día en que tuvo lugar el último combate con los «gangsters» refugiados en la villa Los Naranjos. Casey acababa de referir a Rosemary la muerte de Paula Decker.

—Si se hubiera conservado dentro de la Ley —acabó diciendo Casey—, hubiera llegado hasta la cúspide, pero su ambición no le permitió esperar. Empleó su hechizo en fascinar a los hombres, sometiéndolos a su voluntad y ella misma se vio destruida por la pasión que despertó en un hombre que la admiraba.

Transcurrió un buen rato en el más absoluto silencio. Rosemary apoyó la cabeza en el hombro de Cas.

—¿Sigues pensando que haces un buen negocio casándote conmigo? —le preguntó éste.

—Ya lo creo que sí.

—Recuerda que soy un cabezota y un dominante. Además soy un hombre un poco anticuado. La mujer que se case conmigo tiene que opinar siempre como yo, aunque no esté de acuerdo conmigo. ¿Te conviene?

—Si —replicó Rosemary.

Cas la miró sonriendo y la besó en los labios. Luego se puso a silbar una melodía con bastante mal gusto.

—¿Qué canción es ésa tan horrible que silbas? —preguntó ella.

—Se titula «Anita tiene la escopeta» —replicó Casey—. Y la he compuesto yo.

—¡Oh Cas...! Pero ¡si es deliciosa! —murmuró Rosemary.

Cas la miró complacido y la besó de nuevo.





FRANK MC. FAIR

el autor que a marchas forzadas camina hacia el
éxito por sus producciones sinigual, nos ofrece
su mejor obra

BILLETES MALDITOS

En el ambiente cosmopolita de una gran ciudad
norteamericana, una banda de desalmados osa
enfrentarse a los audaces agentes especiales del
F. B. I. Uno de éstos, joven y aguerrido, no
repara en...

BILLETES MALDITOS

causará una sensación tan honda en los lectores
que dicha novela figurará en el púesto de honor de
las bibliotecas.*

JOVEN:

Si deseas emocionarte,

ADQUIERE

Aventuras del F. B. I.

LOS MEJORES CUADERNOS DE DIBUJOS

